

13 ans.

R.43.523

EL ÚLTIMO DE LOS MAILLEPRÉ,

ó

LOS AMORES DE PARIS;

novela escrita en francés

POR

PAUL FEVAL,

y traducida al castellano

POR

D. A. C. G.

TOMO IV.

SEVILLA: 4854.

Imprenta de Gomez, á cargo de D. J. J.
Franco, calle de la Muela núm. 7.





IX.

El ósculo.

Desde lo alto del cerro, Duchesnel y Josepin podían seguir con los ojos aquella carrera cuyos resultados no eran muy dudosos seguramente.

Duchesnel observaba con especialidad al pobre Dragón que agoviado de cansancio luchaba para poder salir pronto de aquel terreno fangoso, y tropezaba y resvalaba, sin dejar de correr á pesar de todo.

—Diablo de palurdo! dijo Duchesnel; ha

ha querido batirse conmigo... es un valiente mozo!

—Mira, mira... se atolla, se atasca!... á fé mia que esto es divertidísimo!... respondió el doctor, que veia ya terminada su belicosa comision, y sentia cuatro arrobas de peso menos sobre sus hombros.

—Pues apenas es empresa la que acometen los pobres locos!... Seguir en su rápida carrera al tiro mas soberbio que hay en todo París!...

—Sí, dijo Josepin; pero allí está luego la puerta... fuerza será que registren el carruaje....

—Qué es lo que te dijo, interrumpió Duchesnel, cuando te habló en voz baja?

—Hem!... hem! murmuró el doctor con aire de importancia; un médico es lo mismo que un notario, la discrecion es nuestra principal virtud.

—Qué te dijo?... Vamos, despacha... qué se lo que te dijo?...

—Me ha preguntado si el galope de sus caballos podria perjudicar á nuestro jóven...

—Nada mas?

—Yo le he respondido *in extenso* que la rapidez mas ó menos grande...

—Bien, bien, doctor!... De modo que tú ignoras lo que él piensa hacer de ese mance-

bito que se ha llevado como una presa?...

—No... A menos que...

Josepin miró á Duchesnel por cima de sus anteojos.

—Eso seria muy posible, dijo este último; calla! calla!... mira al palurdo que avanza, cortando el camino... tropieza... cae...

—Es verdad! exclamó el doctor sacudiendo sus manos.

Nazario, en efecto, desfallecido enteramente, y habiendo perdido al cupé en una revuelta del camino, se habia dejado caer sin aliento.

A Romeo no se le veia ya.

—Concluyóse la historia! dijo Duchesnel. Lo peor del caso es que nbs hace volver á Paris á pie.

—Y vo, que á la venida encontraba ese diablo de cupé tan bien suspendido, tan cómodo!... dijo Josepin; si hubiera sabido esto, hubiese dicho al Marqués que el galope era mortal.

—Quién sabe! replicó el secretario de embajada volviendo la espalda; por mi parte creo que el Marqués no hubiera dejado por eso de galopar.

Josepin se quitó sus anteojos de oro, y los limpió con la punta de un pañuelo de batista.

—No digo que no, respondió el doctor: y

poco me importa eso ciertamente... Vienes?...

Y entrambos se dirijieron hácia la puerta de Velleville que es la mas próxima. En su camino, y en el momento en que las nubes amontonadas de nuevo anunciaban otra nueva tormenta, los dos testigos encontraron con el fiacre y montaron en él.

—Han terminado ya su negocio los tres señores que he conducido yo aquí? preguntó el cochero con inquietud.

—Sí, buen hombre, respondió Duchesnel.

El pobre cochero dejó caer los brazos á lo largo de su carrick. En su semblante se pintaba una espresion de amargo desconsuelo.

—Qué desgracia!... dijo. Y vos vais á pagarme tal vez las dos horas que he empleado?... me las vais á pagar, señores?...

—Sí, buen hombre, sí.

La frente del cochero recobró casi del todo su ordinaria serenidad.

—Es el caso, añadió vacilando, que los tres señores me habian prometido tambien una buena propina... Me la vais á dar tambien, señores?...

—Sí, buen hombre.

—Ah!!! exclamó el cochero sacudiendo con aire de triunfo un fuerte latigazo á sus rocines matalones. Esta es la dificultad!... Hé aquí como son las cosas... Ah! bien... ah!!!

Pero otra vez me haré pagar antes!... sí, me haré pagar antes!... No me volverá á suceder!...

—Ah! ah!... exclamó tambien Josepin estendiéndose en el fondo del fiacre... Ahora, que truene, que llueva, que granice y que sople el viento... me rio ya de todo!... Ah!... pero, escucha... tú tenias trazas de querer que el duelo se consumase del todo... Te interesabas acaso por el jóven?...

—No.

—Vosotros os conociais, no es cierto?... Yo lo he querido leer en sus ojos... Cuando llegamos al cerro, estuvo á punto de dirijirte la palabra... Quién es?... en fin qué clase de pájaro es ese jovencito?...

—Yo no sé nada, dijo Duchesnel.

—En dónde le has visto por primera vez?.....

—En mi boda... Ese jóven es así... pues; es algo... en fin, algo como hermano ó cosa tal de mi muger.

El 20 de febrero de 1843 una pobre vieja de la calle de Petites-Ecuries, que habia vendido su provision de leche á un ratero, el cual se habia escapado despues sin pagarla el precio convenido, encontró á su hombre en los alrededores del mercado.

La vieja le agarró al instante por el cuello...

El populacho se agrupó alrededor!

El ladron era robusto. La pobre muger vacilaba bajo el peso de su emocion, y sobre todo de su edad avanzada.

El populacho, siguiendo las inspiraciones de su instintiva y soberana justicia, ayudó al ladron á que se escapara y silbó á la vieja llamándola loca, bruja, etc., etc., etc.

Esta es la historia. Citamos el hecho porque data de ayer y porque hemos visto las lágrimas de la pobre muger. Cualquiera que conozca á París, no necesita que nosotros le digamos que el mismo hecho y otros semejantes se repiten veinte veces en un dia.

Hay sobrada razon para temblar y estremecerse, desde el momento en que uno se vé á merced del fallo repentino de esos tribunales enlodados, cuyas sentencias no tienen apelacion.

No hay nada comparable á esta justicia tremebuuda mas que la altanera potestad de esos hombres verdinegros que llevan botones de uniforme y fuman sus pipas á la entrada de las puertas.

El gobierno les paga para impedir el contrabando. Tal vez impiden el contrabando. Pero esto es lo de menos para ellos. Esos hombres meten sus manos sucias en todas

partes, y serán capaces de introducir su pinchó en el vientre de los pasajeros. Son por otra parte brutales y ásperos hasta dejarlo de sobra; abren las portezuelas de un carruago, y no se dignan despues volverlas á cerrar.

Hablan poco, pero siempre con altanería... Son la autoridad!

Nosotros al pasar junto á ellos, acostumbramos á saldarles con la mayor cortesía y humildad, preguntándoles por la salud de sus señoras.

Romeo, que omitió esta precaucion, fué víctima del celo feroz de los hombres verdinegros encargados de guardar la puerta de Pantin. Estos señores habian dejado pasar el cupé del Marqués, porque era ligero y llevaba armas en el escudo; pero al ver correr á lo lejos á un hombre cubierto de lodo y con los cabellos en el mayor desórden, no pudieron suponer otra cosa sino que aquel hombre llevaba ciento ó ciento cincuenta libras de tabaco de Bélgica entre el chaleco y la camisa.

Detuviéronle al instante.

Y como él quisiese hablar con cierta viveza, le arrastraron hasta introducirle en la pestífera casilla, donde los hombres verdinegros asan arenques y devoran ajos á todas horas.

Esta es, como puede verse, la historia de la vieja. El ladrón pasó adelante sin dificultad; el robado fué detenido.

Mientras Romeo echaba pestes en la habitación de los comisionados de guardar la puerta Pantin, el cupé pasaba al galope la calle Lafallete, que solo estaba entonces delineada. Las dos portezuelas del carruage iban completamente cerradas. Esto no obstante, nosotros dirigiremos al interior una mirada curiosa.

Era un cochecito en miniatura, una caja en cuyo fondo solo penetraba una luz escasa y dulce que la aclaraba débilmente. Sus paredes almohadonadas oponían á todo choque su muelle elasticidad, neutralizando hasta los imperceptibles sacudimientos que no podía evitar el acero templado y flexible de los muelles.

Gaston estaba echado sobre la banqueta de la trasera, ocupándola enteramente. El Marqués en vez de sentarse sobre el sitio en que Josepin habia estendido su larga y doctísima persona al ir á los cerros, se habia arrodillado sobre la piel de tigre que servia de tapiz en el suelo del carruage.

Respiraba Gaston, pero sus ojos permanecían completamente cerrados. Parecía que el suave balanceo del carruage debí-

litaba mas y mas sus nervios desfallecidos. Dormia. Su respiracion dejaba escuchar todavia un ronquido trabajoso y cruel. Su cabeza tocaba con el raso blanco de la colgadura del carruage, teniendo en el mayor desorden sus cabellos. Una fiebre lenta hacia arrebatarse la sangre á sus mejillas. Sus párpados caidos estaban rodeados por un semicírculo azulado.

El Marqués tenia asida una de sus manos, que caia por fuera del almohadon.

Habia colocado su cabeza reclinada en la pared mullida del carruage, á dos pulgadas de la frente de Gaston.

Estaba estraordinariamente pálido, y la sangre que manchaba el cuello de su camisa hacia resaltar el color casi lívido de sus mejillas. Sus cabellos, largos y finos, caian en confusos bucles sobre su frente, en la que comenzaban á secarse algunas gotas de sudor. Estaba hermoso...

Estaba hermosa...

Habia en sus grandes ojos de un azul oscuro cierta languidez inesplicable. Su cuerpo se agitaba en estremecimientos repentinos. Sus labios murmuraban confusamente palabras apasionadas... Sus párpados inclinaban de repente aquellas pestañas de seda sobre aquellas mejillas descoloridas, y

se volvian á levantar lentamente, húmedos y reflejando una mirada de amor.

Estaba hermosa como el sueño de un amante.

Y sufría, sufría mucho, tal vez porque era muy feliz en aquel momento... Su cuerpo admirable, inclinóse sobre sí mismo; ella apretó la mano fria de Gaston, llevándola á su frente abrasada.

Así, iluminada vagamente por el tibio fulgor que clareaba á través de cristales y cortinas el interior del coche, su magnífica belleza parecia reflejar un resplandor propio de ella misma...

Oh! era seguramente una muger, una virgen dominada por los ardientes transportes de una pasión que estallaba fulminante...

Una muger!... Una muger que amaba con todo su corazón! Aquel murmullo era el resultado de esos dulces gemidos, de esas ahogadas y vehementes plegarias, de esos acentos profundos que la ternura del amor exala, sin comprenderlas acaso, mezclados con suspiros, con aspiraciones arrebatadas y lágrimas tímidas...

Después se seguía un silencio profundo, una inmovilidad completa... entonces su alma se adormecía en un éxtasis delicioso.

De repente se incorporó sobre sí misma. Sus ojos ardian, sus labios estaban pálidos.....

Su boca se apoyó estremecida sobre los cabellos de Gaston, que exaló un débil suspiro murmurando el nombre de Santa.....



Espectacion.

En efecto Biot y Romeo se conocian.

Hacia ya largo tiempo que el joven escultor amaba á Santa. Pero desde luego esta pasion habia llegado en él á convertirse en un amor respetuoso y tímido.

Romeo habia tenido por largo tiempo una vida propiamente de militar. Joven, audaz, ocioso, se habia dejado dominar algun dia de esa enfermedad epidémica de los jóvenes militares franceses: la fatuidad. Entre nosotros, todo el que gasta uniforme quiere tiranizar, solo por esta eircunstancia, los corazones; nuestras guarniciones abundan

en Don Juanes, hermosos alguna vez, feos como demonios frecuentemente, que llevan siempre colgadas sin piedad á las débiles mugeres de los extremos masticados de su bigote.

Esto es terrible!

A mas de que las mugeres que ellos seducen generalmente no suelen ser del número de las mas hábiles y experimentadas. En cambio ninguno de estos Lovelaces ha dejado de intentar el asalto de esos corazones que hacen capitular con tanta facilidad. Juzgad por esto si son doblemente culpables!

Hacen el papel de la serpiente al lado de las viudas, monopolizan las conquistas de las solteronas de cuarenta años...

Pero hay quizás beldades hechiceras, ya las busquéis infieles ó leales, que resistan á un par de charreteras?

Verdaderamente que nó!... ni una siquiera! Nosotros hemos visto á muchas abuelas sucumbir á esa atraccion irresistible y prodigiosa del uniforme!

Soldados, oficiales, coroneles, mariscales de campo, generales, todos se ven favorecidos y acariciados por el dios del amor, con la

misma asiduidad y cariño que los alumnos de la escuela Politécnica, los cuales, durante el tiempo de las vacaciones, hacen en las provincias incalculables estragos. Es preciso llegar por lo menos á mariscal de Francia ó Duque de morondanga, para despedirse del todo del oficio de verdugo de corazones...

Romeo habia pagado su tributo á la milicia. Tambien él se habia lanzado en medio de esa vida aventurera y novelesca, en que tantos jóvenes héroes tienen la mania de fundar su pobre gloria. Por todas partes, á su paso, algunas lágrimas tiernas y encantadoras habian saludado su partida. Lágrimas preciosas que corren abundantes en tanto que los ojos siguen al regimiento que se aleja, pero que no son un inconveniente para que las niñas que las derraman se sonrian aquella misma noche al escoger un nuevo dueño entre los *Don Juanes* desconocidos de la nueva guarnicion.

Ah! sí, capitanes! cada uno de vosotros tiene siempre un segundo que le reemplace. Ellas se burlan de vosotros, que os creéis verdugos de corazones. Porque vosotros no sois deslumbrantes mosqueteros; no sois tampoco generales de veinte años.

Mirad! ese pintor popular que ha querido

diseñar sobre el lienzo el emblema del amor militar, ha cerrado los ojos por no ver vuestros asquerosos uniformes. Y se ha ido á buscarlos de la *guardia francesa*! Ah! tres veces ah!

Ya no teneis mas que los pinceles oficiales que borrajean para Versalles sus incommensurables lienzos! Ah! tres veces ah!...

Matad beduinos, sed diputados, ó inventad carabinas de nueva especie. Vuestros hermosos dias han pasado ya. El último reflejo de vuestro esplendor se ha estinguido con los jóvenes coroneles de M. Scribe.

Tambien Romeo habia ido á matar beduinos. Habia deseado, habia ambicionado mucho; no habia amado jamás.

Romeo era hijo de un escultor de talento, cuyas preciosas obras guardan nuestros museos, y que habia muerto muy jóven, dejando detrás de sí las amarguras que se siguen á una gloria cortada en flor.

Romeo no habia conocido mas que á su madre, muger tan hermosa de rostro como de corazon, y cuya imágen amada le sonreia siempre en el fondo de su porvenir.

La madre de Romeo habia muerto. Lo único que Romeo conservaba en la memoria era un culto piadoso hácia aquella imagen á quien consagraba una ardiente gratitud, una ter-

nura respetuosa...

Cierto dia, despues de un banquete de campaña en el desierto, un hombre habia mezclado en una narracion escandalosa el nombre bendito de su madre.

Este hombre tenia dos hijos, oficiales del regimiento en que servia Romeo, del que él mismo era coronel.

Romeo tiró las charreteras, y presentó su dimision.

Los dos oficiales y el coronel su padre tuvieron una tumba comun, lejos de su pais natal, en la tierra conquistada...

Romeo, al alejarse voluntariamente de sus camaradas, derramó lágrimas por aquella triple desgracia. Pero habian insultado á su madre...

Ya era escultor antes de ser militar. De vuelta á Francia, volvió á tomar su cincel abandonado por tanto tiempo; y vosotros os habreis parado mas de una vez en las salas bajas del Louvre á contemplar los mármoles, poco numerosos, pero de una esquisita perfeccion, que su pensamiento poético ha sabido animar en esas horas que la inspiracion del genio roba á la indolencia perezosa de los placeres...

Las artes y las letras suelen con frecuencia servir de refugio á esas almas demasiado

débiles ó demasiado arrogantes, que se ven agoviadas, asesinadas por la disciplina rigurosa de nuestra milicia. La marina nos ha dado á Eugenio Sué, La Landelle, Corbiere, y sobre todo al ilustre novelista americano, cuya gloria no nos pertenece á nosotros ciertamente; el ejército ha producido á Viennet el académico ingenioso y espiritual, á Salvandy, ministro, prosador melífluo, elegantísimo orador fecundo en palabras de un encanto infinito; y entre muchos otros que seria prolijo enumerar á ese poeta casto y chistoso al mismo tiempo, que aun no figura en la Academia, el autor de Chatterton.

Respecto de las artes, ademas de Romeo, cuyo verdadero nombre no debe aparecer en nuestras páginas, solo citaremos un ejemplo. De la escuela de caballería de Saumur es de donde ha salido esa brillante y fecunda idea de aplicar el esmalte á nuestra arquitectura. El hombre que ha de llegar á incrustar esos adornos de oro puro, esas piedras preciosas en los frontis de nuestros palacios, el que ha de fundir en jaspe y en pórfido las columnas de nuestras catedrales, el genio sublime cuya varita mágica va á realizar muy pronto las brillantes quimeras de los cuentos de hadas, no han pensado durante mucho tiempo mas que en las evoluciones del picadero y en

los tajes y reveses de su sable.

Seria un estudio curioso el que se aplicase á inquirir las vias ocultas y desconocidas por donde se encamina la vocación. Pero estelle-garia á convertirse en un estudio triste: se-rian tan pocos los hombres que se encontra-sen aplicados al ejercicio de su eleccion!...

La casualidad colocó el taller de Romeo frente por frente de ese otro taller enque-madama Sorel presidia los trabajos de una do-cena de bordadoras parlanchinas y pizpire-tas.

Romeo vió á Santa; desde luego fundó su felicidad en estarla viendo todos los dias. La amó. Y este amor le volvió tan tímido, á él conquistador de paso en otro, que olvidó esos mil resortes de seducción cuyo uso habia formado en otro tiempo la ocupación de su vida. No se atrevió á hacer una seña, ni á hablar una palabra, ni á escribir una línea... Casi tuvo valor para hacerse notar.

La cortina á favor de la cual miraba siem-pre al objeto de su amor, estaba discretamen-te corrida, dejando solo un pequeño resquicio para dirigir sus visuales... Romeo enamora-do, se valia de los mismos ardides sencillos que usa un adolescente; sentia tambien el mismo temor delicado y casi pudoroso...

Desde luego se reprochó su timidez, y aver-

gonzóse de su cortedad... Pero despues, cuando llegó á amar con toda su alma aplaudió de veras su cobardia.

Habia en la frente de Santa tanta pureza, tanto dulzura, y al mismo tiempo tanta arrogancia y magestad!...

Sin duda era pobre. Qué podia decirle? Una palabra ofensiva podia alejarle para siempre de ella; un gesto podia perderle.

Y guardaba Romeo sus esperanzas con tanto afán! halagaban su corazon tan dulcemente!...

No sintiéndose, á pesar de todos sus esfuerzos, con valor para hablar á Santa, habia buscado camino para ocuparse de ella, para hablar á lo menos de ella con otras personas, para acercarse á ella en una palabra.

Juan María Biot era la viva contraposicion de todos sus cólegas los conserjes de París. No era charlatan ni curioso, ni bajo con los ricos, ni altanero con los pobres, ni goloso, ni rapaz, ni amigo de calamidades, ni capaz de incendiar el universo de parte á parte por una moneda de cincuenta céntimos.

Porque el portero es todo esto y muchas cosas mas.

Justo es hacer una escepcion en favor suyo y convenir en que es un *tipo*. Un tipo odioso, execrable! Y verdaderamente, que debemos

ser muy complacientes y muy mansos nosotros los parisienses que hemos hecho dos revoluciones, para consentir entronizados en nuestras puertas esos vípedos ariscos, indigestos y carnívoros.

Herculano no tenia mas porteros que sus paredes de ladrillo. Pero Herculano no gozaba en cambio la inmensa ventaja de abrigar en su recinto sesenta mil fulleros galopines.

Nosotros proponemos desde ahora que se coloque en lugar *del hombre y la mujer de cuarenta años*, como dicen los diarios de avisos, un perro para guardar cada puerta y una urraca para responder á los que llamen. Estos animales constituirán una suma igual de inteligencia, y una suma infinitamente mejor de fidelidad.

Con esta lijera modificacion, y con una degollina general contra todos los porteros existentes, que podrian hacerse conspiradores, París seria un Eldorado.

Rogamos al lector que no se equivoque al juzgar lo que vamos diciendo. Esta no es una digresion impertinente y ociosa. En los tiempos que atravesamos, cuando la novela se ha hecho política, social, garantista, introductoria, simbólica, pasional, organizadora, comunitaria, solidarista, gastrosófica, phalans-

teriana, mesianista, utilitaria y otra porcion de cosas, cuyos nombres no pasan de ser sublimes barbarismos; nosotros por nuestra parte no creeríamos llenar cumplidamente nuestra mision si no llevásemos tambien nuestra humilde piedra al gran edificio elevado por la novela regeneradora.

Cada uno contribuye en proporcion á sus fuerzas.

Ya que no nos sea posible hacer mucho, nosotros nos contentamos con proponer la destruccion completa de los porteros y de toda su casta, desde el viejo caduco hasta el niño de teta.

Esto es muy poco seguramente; pero perdónesenos en gracia de nuestra buena voluntad. La intencion que nos lleva á proponer esta importante reforma es noble y santa. Ya trataremos de discurrir otra cosa mejor para otra vez...

Inaccesible Juan Maria Biot á las flaquezas típicas de su profesion, era desde luego muy difieil de ser abordado. Pero en el jardin del palacio de Maillepré habia magníficas y admirables estátuas. Romeo pidió licencia para estudiarlas. Este era un pretesto plausible por lo menos. Biot, que debajo de su ruda corteza abrigaba el corazon mas bueno del mundo, rehusó al principio, pero concedió

despues el permiso que se le exigia.

Tenia Romeo una de esas fisonomias francas y agradables que atraen hácia sí, y sobre todo á los corazones sencillos. Su talento era como su fisonomia. Biot á su vez le profesó una verdadera amistad.

Despues, ya se sabe que cada uno tiene sus flaquezas: Nuestro esclente Biot se imaginaba el herrero mas hábil de Francia y Navarra. Romeo elogió mucho su trabajo; hizo mas, le encargó rejas de todas clases.

Esto explica cumplidamente la lujosa profusion de enrejados que ya hemos notado al redor del taller de Romeo.

Habia puesto este rejas de todas partes: solo le quedaba el sentimiento de no tener ya donde poner ninguna mas.

Debemos confesarlo; Biot, se mostró muy complacido de aquel buen gusto del jóven escultor.

Romeo le fue acostumbrando poco á poco á sus frecuentes visitas. Por menos hablador que sea un hombre, las palabras se le escapan á veces sin sentirlo. Romeo sabia cómo estaba organizada la familia del ala derecha. Habia llegado á penetrar que era descendiente de una noble y poderosa raza, humillada por la fortuna, y reducida á la situacion mas deplorable.

Aquí habia hecho alto no solamente la indis-
crecion de Biot, sino tambien la curiosidad
de Romeo.

Hacia ya muchas horas que Gaston habia
salido de palacio. Biot permanecia inmóvil,
abatido, insensible delante de su tarea olvida-
da. No podia darse cuenta del tiempo que ha-
bia pasado en tal situacion.

El dia comenzaba á declinar!

Un fuerte aldabonazo resonó sobre la chapa
de la puerta. Biot se estremeció vivamente.
Tiró del cordon, y su brazo cayó como desfa-
llecido á lo largo del cuerpo.

Romeo entró precipitadamente en la porte-
ría y se sentó muerto de fatiga sobre un
taburete.

Biot, que habia dirigido una mirada de
soslayo hácia la puerta, conteniendo su res-
piracion, alentó entonces con gran dificultad.
Ignoraba que Romeo habia sido testigo en el
desafío de su jóven señor.

—Señor Biot, dijo Romeo, ella debe estar
muy inquieta... cruelmente afligida, la infel-
liz!... Yo no he podido venir antes...

Escuchaba Biot con la mayor atencion, y
haciendo grandes esfuerzos para comprender
lo que se le decia.

—Yo no quiero verla de ningun modo, continuó Romeo, porque la habia prometido traer á su hermano...

—A nuestro señor! pronunció Biot en voz baja; vos le habeis visto?..... Decidme...

Y apretó su pecho con ambas manos.

—No me decís que ha muerto!... añadió con un sordo gemido.

—Vive! exclamó Romeo; su herida no vale nada..

Biot se levantó y enderezóse á toda su altura.

—Está herido!... dijo; quién le ha herido?...

—Herido levemente, mi buen amigo Biot... Esto es lo que menos importa... Algunos dias de reposo bastarian á curar ese rasguño... Pero...

Romeo vaciló un instante, Biot no le preguntó ni una palabra mas. Estaba con la boca abierta, conteniendo algunas frases que querian escapar de entre sus labios.

—Pero... continuó Romeo, nosotros no estamos con él para poderle curar... le han robado!

—Quién? preguntó Biot.

—El Marqués Gaston de Maillepré.

Biot retrocedió llevándose las manos á la frente, como si temiese que su razon se des-

vaneciera completamente.

—El Marqués... Gaston... de Maillepré!... balbuceó; esto es lo que he escuchado.....

—Eso es lo que yo he dicho, replicó Romeo; le conocéis vos?...

—Sí... no... Ah! yo no sé lo que me digo! murmuró Biot, apoyándose en la pared de la porteria. Mi cabeza se desvanece, M. Romeo... Suponed vos... haceos el cargo... de que es mi señor, mi hijo!... Escuchad! repuso estremeciéndose; yo creo que os comprendo bien... No es el Marqués el que vos queréis decir, es el Duque...

—No, el Marqués...

—Un viejo?...

—Un joven, muy joven.

Biot pasó el envés de la mano por su frente...

—Oh! si me vuelvo loco, murmuró con acento de terror, no podré servirle mas... Dios mio, Dios mio!... Ahora, no les queda mas que un hombre que les sirva, á ellos que tenían en otro tiempo tantos criados!... Es preciso que me conserveis la razon, Dios mio... conservadme la razon y tomad mi vida desde el momento en que ellos no tengan ya necesidad de mí!...

Romeo asió la mano del viejo breton y la

apretó fuertemente entre las suyas.

—Teneis un escelente corazon, señor Biot; le dijo con voz conmovida; pero cobrad valor... vuestro amo podia haber sucumbido... y vive! esto es lo principal. En cuanto al asombro que mostrais, no adivino la causa que le produce, y no puede por lo tanto desvanecerle...

Romeo en efecto ignoraba que Gaston era Maillepré.

—Pero cualquiera que sea el peligro que le amenace ahora, repuso el escultor, puede ser combatido por mil medios, puede ser compartido, al paso que un duelo...

—Oh! interrumpió Biot; el jóven tiene el mismo corazon de sus padres... Entre él y su enemigo no ha querido que medie mas que su espada... no es esto?...

—Y se ha defendido valerosamente, yo os lo juro, señor Biot... Ahora, pensad en su hermana, en su pobre hermana que espera y sufre... Yo sé las señas de la casa de ese Marqués... vengo ahora de su palacio... No ha vuelto á parecer desde esta mañana... Pero en su propia casa ó en otra cualquiera parte yo daré con él, señor Biot; yo encontraré á Gaston que es mi amigo como es vuestro hijo... yo os lo prometo... os lo juro.

—Oígaos el cielo! murmuró Biot; y bendí-

gaos tambien!

—No perdais tiempo: continuó Romeo; id á tranquilizar á la señorita Santa... y para consolarla, decidla que he venido yo... pronunciad mi nombre.. ella sabe bien cuanto amo á su hermano....

Biot dejó la porteria en la que Romeo se instaló desde aquel instante.

Al subir la escalera del ala derecha, el viejo Breton se decia á sí mismo:

—Esta es buena señal... Maillepré ha encontrado un amigo en su desventura!..

Cuando llegó á los últimos escalones, paróse de improviso.

Qué iba á decir á Santa?

Aquel fue un momento de indecisión cruel y trabajosa para el buen Biot, que no sabia mentir. Pero el amor idólatra que profesaba á Santa tanto como á Gaston, sus adorados niños, disipó bien pronto la torpe apatia de su inteligencia. Biot ejecutó su papel mejor de lo que hubiera podido hacerlo un ingenio sutil y astuto.

Al entrar en la habitacion, su franco semblante espresaba una verdadera alegría.

—Buena noticia! dijo; buena noticia, señorita Santa...

Santa estaba sentada junto á Linda, que no la habia abandonado en todo el dia.

Levantóse al punto: en su semblante abatido y pálido apareció una espresion radiante de júbilo.

—Gaston!... balbuceó.

—Ah! qué diantrel! dijo rudamente Biot; no es que vayais á volverle á ver en este mismo momento... M. Romeo.... que es valiente joven por cierto, acaba de separarse de él.... Vos teneis tal vez confianza en M. Romeo... y sabeis tambien cuanto ama á vuestro hermano....

—Romeo... repitió Santa sonrojándose; oh! sí!... yo sé que ama mucho á mi hermano... Pero Gaston, Gaston!... cómo no ha venido?

Linda alargó su hermoso cuello, casi con tanta impaciencia como Santa para oir la respuesta de Biot.

—Ah! ved lo que son las cosas, replicó este; nadie se bate en desafio sin encontrar con algun mal golpecillo...

—Herido! exclamaron al mismo tiempo las dos jóvenes.

Y Santa cayó desfallecida sobre su lecho.

—En qué quedamos? repuso Biot; me conoce bien nuestra señorita?... sí ó no... Hubiera yo dicho; buena noticia! si nuestro señor estuviese en peligro!...

—Pero en dónde está? en dónde está? pre-

guntó Santa.

—El asunto se reduce á dos ó tres dias de reposo, respondió Biot. Si se le condujese aqui ahora, el movimiento del carruaje podria empeorar su mal...

—Eso es muy cierto, dijo Linda; Dragon estuvo para perder una pierna en Argel por no haber querido estarse quieto en el hospital...

—Pero yo quiero verle! replicó Santa; si él no puede venir aqui, yo iré á donde se halle... quiero ir!...

—Nada mas justo, señorita, respondió Biot que iba perdiendo ya del todo su sangre fria; cuando vuelva M. Romeo...

—No sabes tú en dónde está él? preguntó Santa impetuosamente.

—Mi señorita... balbuceó el viejo breton; yo tenia tanto miedo de saber alguna cosa peor!...

Santa enjugó sus lágrimas y miró fijamente á Biot. Despues se volvió hácia Linda.

—Vos habeis sido muy buena para mí, dijo á la jóven costurera, tomándola una mano que estrechó dulcemente entre las suyas; sin vos yo creo que hubiese sucumbido ya á los tormentos de esta cruel incertidumbre... Pero ahora, señorita... es necesario que yo hable sin testigos al único

criado de mi familia.

—Yo me iré de buena gana, dijo aquella con una mezcla encantadora de alegría y sensibilidad; pero, con una condicion... la condicion del volver... hasta mañana.

—Hasta mañana, repitió Santa devolviéndola el beso.

Linda salió de la habitacion. Biot la siguió con una mirada de enternecimiento.....

Todos aquellos que amaban á Maillepré, eran queridos del buen portero.

Santa y él quedaron solos.

La joven guardó un instante de silencio. Despues, aproximándose, colocó sus dos pequeñas manos sobre los anchos hombros de Biot, y enderezándose delante de él comenzó á mirarle fijamente.

Se hubiera dicho que queria penetrar en el fondo de su corazon.

—Biot, dijo ella con una dulzura grave; dí-melo todo... yo quiero saberlo todo...

—Señorita... comenzó á decir el buen bre-ton.

—No me engañes! interrumpió Santa. En dónde está Gaston?... No ha arrebatado Dios nuestra última esperanza?...

—Oh! señorita! respondió Biot, cuyo semblante demudado espresaba con energía la

emocion de su ternura sumisa. Si Dios hubiese permitido esa desgracia!... Si mi joven señor estuviese en el cielo á estas horas como mi digno amo M. el Marqués difunto... como madama la Marquesa, la caritativa y santa señora!... como todos aquellos á quienes yo he amado, á quienes yo he respetado... y llorado despues!...

La voz de Juan Maria se iba enronqueciendo sensiblemente.

—Si mi joven señor, continuó, si el hijo querido de mis nobles amos!... el último de los Maillepré... el último, Virgen Santa!... si hubiera muerto... yo no sé, señorita.... Vos sois su hermana... pero yo no sé si el viejo Juan Maria tendria fuerzas para permanecer aqui sirviéndoos como antes... Yo os amo mucho, oh! si, os amo con todo mi corazon, señorita Santa!... pero él... él es la última esperanza!... pero él.... En tanto que él viva, el tronco de los Maillepré puede florecer de nuevo algun dia.... Cuando haya muerto...

Biot se interrumpió al llegar aquí; juntó sus manos callosas y elevó al cielo sus ojos humedecidos. Santa le escuchaba conmovida, llena de gratitud, casi consolada.

—Pero, vos le protejeis; no es cierto, Dios mio! exclamó el viejo breton, espresándose con una facilidad y afluencia hijas de su emo-

cion que le arrastraba á hablar mas de lo que era ordinario en él. Vos protejeis á todos los que descienden de vuestros servidores!... Vos guardais al hijo de vuestros soldados!... No, no! Maillepré no ha muerto!... Sus padres que están con los santos en el cielo velan sobre su juventud... Las ramas caen, pero el tronco queda... Maillepré... el nombre de Maillepré no morirá!

Romeo aguardaba en la porteria la vuelta de Juan Maria Biot. Quería hablar de Santa, saber que estaba tranquila.

De repente llamaron á la puerta despacito. Romeo, recordando que era conserje por algunos minutos, tiró del cordon.

Un hombre pasó el umbral con cierto aire á la vez inquieto y descarado. Este hombre, en quien nuestros lectores hubiesen reconocido á primera vista al rozagante secretario de M. el Duque de Compans-Maillepré, dirigió alrededor del patio una mirada escrutadora, dejando entreabierta la puerta á su espalda para asegurar una retirada en caso de apuro.

M. Burot venia indudablemente á explorar el terreno.

No viendo en el patio nada que pudiese ser-

vir de obstáculo á sus operaciones, dirijióse rectamente hácia la garita del portero, cuya puerta abrió sin mas ceremonia, entrando en ella con aire resuelto.



XI.

Dos aflicciones.

Estaba aquel dia M. Burot vestido completamente de negro. Llevaba un frac de rico paño negro, un pantalon idem y un elegante chaleco de raso, negro tambien.

M. Burot iba indudablemente con pretensiones de parecerse á un hombre de bien, á un censualista del Marais, por ejemplo. Pero á esto se oponian algunas circunstancias inherentes á la persona de M. Burot. Tenia desde luego en contra suya esa mirada insolente y obsequiosa á la vez que se le echaba de ver á cien leguas, y que le delataba por un galo-

pin. Tenia ademas el balanceo exorbitante de su parte posterior, la temeraria exuberancia de su peinado, y en fin cierta cosa que no puede explicarse, pero que se percibe perfectamente y que consiste en una especie de perfume que se pega sin saber cómo á los que concurren de ordinario á malos lugares, como esa manera de hablar, de mirar, de sonreir que el estaminet infunde á sus concurrentes; como esa especie de paño que el garito imprime en la epidermis de sus devotos, paño que resiste á toda legia como la negra careta de los deshollinadores.

M. Burot poseía todo esto en grado superlativo.

El frac negro se despegaba de sus hombros como una cosa colocada con violencia en aquel lugar. Al mirar á aquel hombre se echaba de menos en su mano un taco de villar, ó un cañon de pipa al borde de su bolsillo. Era indudablemente un hombre fuera de su caja. Se asemejaba mucho á esas aves nocturnas que el dia suele sorprender confusas y como avergonzadas en medio de las otras aves á quienes no desconcierta la claridad del sol. Pero lo que hacia particularmente notable á M. Burot era el descaro, la desvergüenza.

Tenia este secretario un descaro á toda

prueba. Y no hay que equivocarse, el descaro no es lo mismo que la resolucion y la avilantez. El descaro consiste solo en la facultad poderosa de dominar el miedo, mostrando buen semblante al peligro, sin dejar por eso de temblar para sí: el descaro hace esfuerzos desesperados para atreverse á todo. Se reviste de un valor enteramente ficticio, que no le libra de ningun modo de esos sudores frios que hielan hasta los tuétanos. En general todos los hombres descarados son cobardes como gallinas.

Al entrar M. Burot, en el palacio de Maillepré, habia calculado minuciosamente todos los resultados que aquella accion podia tener contra sus espaldas. Pero esto era cosa de poca entidad. Biot no le conocia mas que de haberle visto al paso en casa del Duque. Podia apostarse diez contra uno á que el conserje no seria capaz de darle un sentimiento.

Era en fin poco arriesgada su empresa: y estaba en el caso de tentar el terreno; en el caso de tomar lenguas.

Sin embargo M. Burot dejó la puerta abierta, porque de cualquiera suerte era preciso preveerlo todo.

Entró como hemos dicho con la mayor resolucion.

El dia estaba oscuro. El buen secretario

distinguió á un hombre sentado en un rincón de la portería. De ninguna manera pudo reconocer en aquel hombre á M. Romeo; y este por su parte le habia olvidado á él completamente.

—Buenos dias, mi amigo, dijo Burot; hay en el palacio algunas habitaciones que alquilar?...

—Yo no sé nada, respondió Romeo.

—Diablo!... pensó Burot; es todavía mas arisco de lo que yo me imaginaba!... Este barrio, señor mío, repuso en voz alta, me conviene bajo todos aspectos... La tranquilidad que reina en todos estos contornos debe ser muy preciosa para un hombre de ocupaciones, de negocios... Yo soy un hombre de negocios.. un hombre arreglado. . Vuelvo á mi casa á las ocho de la noche, y el domingo á las nueve todo lo mas... Ah! ah! yo doy muy poco que hacer á los conserjes... pero esto no impide que tengan conmigo algunos gagecillos.

Romeo, que no escuchaba una palabra de todo aquello, exaló un prolongado suspiro de impaciencia.

—Lobo melancólico! Taciturno cancerbero! murmuró M. Burot, que adelantándose suavemente sentóse en una esquina del taburete de Biot; Es preciso por lo tanto que yo sepa exactamente... Ah! repuso, siempre en

voz alta, los alquileres no deben ser muy caros en estos sitios... quéme decís?... Porque yo no tengo precision, y creo muy bien... Pero sabeis lo que digo?... que no os interesais como debierais por los asuntos de vuestro principal!...

Se levantó Romeo y fue á asomarse á los vidrios de la portería para aguardar la vuelta de Biot.

Burot le reconoció al punto, y no pudo contener un grito de sorpresa. Volvióse Romeo.

Estaba Burot sentado en el banquillo con las piernas encogidas y en la actitud de un hombre que va á echar á correr.

Romeo recordó vagamente haber visto otra vez aquel semblante descarado. Mientras él se esforzaba á hacer memoria, el sutil secretario, acostumbrado á estas tiradas súbitas, se deslizó como una flecha entre Romeo y la puerta.

Tenia muy presente el desgraciado la salida de la Ópera en aquel golpe funesto que le habia hecho saltar su pipa y dos dientes.

Pero Romeo cuya atencion habia sido escitada, ya le reconoció en el mismo momento de trasponer el umbral de la puerta. Alargó la mano para asirle, pero no lo logró.

—Detenedle! Detenedle! exclamó lan-

zándose tambien á su vez fuera de la porteria...

Dirijia estas palabras á Biot que bajaba entonces del ala derecha.

Biot atajó en su camino al fugitivo. Si hubiese sabido que la puerta principal del palacio estaba sin cerrar, no sabemos lo que hubiera sido de Burot, pero contando con las antiguas hojas del palacio, Biot pasó adelante queriendo acabar mas pronto.

Burot habia perdido sus colores. Se hallaba entre dos fuegos: su posicion se iba convirtiendo en trágica, sus ojos descarriados buscaban alrededor una salida que no podian encontrar.

Dicese, y con razon, que los grandes hombres se revelan en estos momentos de peligro supremo. Burot temblaba de pies á cabeza, pero sin perder por esto ese golpe de vista que dedide siempre la suerte de las batallas. Cuando Burot se apercibió de la direccion de Juan María, comprimió sus lábios con una sonrisa napoleónica. Volvióse bruscamente hácia Romeo, hizo un movimiento como para acometerle, retrocedió despues con lijereza, dió un salto...

Biot y Romeo se miraron. El perillan habia desaparecido, dejando detras de sí el eco ruidoso de una interminable carcajada.

Santa habia dado gracias á Dios, porque creia en las palabras del viejo servidor de su familia. Sentia renacer la confianza en su corazon, y sus plegarias se elevaban al cielo en alas de la esperanza. Pero estaba sola.

Hacia largo tiempo que habia anochecido. Biot con su amable semblante no estaba ya á su lado para consolarla y darla valor. Y quién ignora la influencia poderosa de la noche y la soledad sobre la tristeza y el dolor!....

Santa se esforzó á luchar contra su afliccion. Evocó en torno de sí dulces quimeras, la imagen de Gaston volviendo á su lado, la felicidad de verse de nuevo, y la tierna sonrisa bañada de lágrimas dichas que acompaña siempre al primer beso de una bienvenida...

La imagen de Gaston apareció delante de sus ojos. Pero fue la imagen de Gaston tendido sobre un lecho extraño, pálido, con los ojos cerrados, los cabellos esparcidos en desorden y el pecho anheloso.

Pobre niña! Y le veia cubierto de manchas rojizas....

Sangre, Dios mio!.... la sangre de Gaston!

Una palabra amiga, el eco conocido de

una voz familiar hubiera bastado á disipar la angustia de aquellas visiones desgarradoras.

Pero Santa estaba completamente sola. Completamente sola por la primera vez en toda su vida!

Gaston y Santa no se habian separado jamás. Habian crecido el uno al lado del otro, siempre juntos cambiando las caricias juguetonas de la infancia, y ese inmenso amor fraternal que habia reemplazado en sus corazones á todos los demas afectos.

Gaston no estaba ya con ella. Cuánto debia sufrir él, que sufría lejos de su lado!... Qué bálsamo tan consolador hubiera podido derramar en su frente abrasada el beso fraternal, aquel beso esperado, anhelado con tanto afán durante aquel día largo, eterno!...

El la llamaba á sí. Qué cambiada estaba su voz!... Santa estendia sus tiernos brazos, suplicante, loca, desesperada....

Gaston la llamaba siempre!.... su voz se debilitaba por momentos... ella tenia en sus labios esos acentos de reproche desgarrador de los seres que aman y se han visto abandonados....

Estaba Santa sentada á su velador, en donde brillaba una bugía. Fuera se escuchaban aun los últimos mugidos de la tempestad que

iba cediendo sordamente.

Dentro se sentia por intervalos y á través de la puerta cerrada de la habitacion de la abuela, la voz monótona y confusa de la señorita Berta de Maillepré, que leía á la Duquesa algunos trozos del Año cristiano. Pero aquella voz no producía en el alma de Santa ninguna impresion dulce y consoladora. La desventurada Berta habia llegado hasta el extremo de que su hermana misma no la contase ya en el número de los vivientes! Su voz uniforme y seca llegaba á los oidos de Santa como un murmullo vano, como el gemido del viento que murmuraba tristemente en las junturas de las ventanas....

No era ya Berta en este mundo mas que la sacerdotisa consagrada, la sacerdotisa de un culto mortal; la vestal encadenada y sujeta á la conservacion de un fuego divino, pero que no es ya de nuestros tiempos: la santa veneracion de los mayores...

Santa estaba inmóvil, con los ojos fijos y dilatados, contemplando fascinada las imágenes crueles de su doloroso sueño.

Nadie sin conmoverse vivamente, sin sentirse poseido de lástima y piedad, hubiera podido mirar á aquel pobre ángel sufriendo tan cruelmente, y sin fuerzas para resistir á tan-

tos tormentos!...

Santa no procuraba ya luchar contra el dolor: su desesperacion habia llegado al colmo. Habíase ya olvidado de las palabras consoladoras del buen Biot, y solo recordaba ya sus temores....

Pero en lo mas cruel de aquella angustiosa espectacion que ponía el sello á todos los sufrimientos del dia, aniquilando las pocas fuerzas que quedaban ya en el corazon de Santa, un pensamiento repentino atravesó su mente, y sus ojos oscurecidos brillaron de improviso, como iluminados á deshora por tibios resplandores.

Una gota de sangre subió desde su corazon á sus mejillas, colorándoles dulcemente. Se hubiera dicho que un rayo fugitivo de esperanza iluminaba aquella noche sombría de desaliento y desesperacion. Empero, la misma Santa no hubiera sabido decirnos en aquel momento cuál era la causa de aquella apariencia de júbilo.. Las vírgenes ignoran con frecuencia lo mismo que pasa en el fondo de su corazon. Esas sonrisas confusas que contiene el pudor, esas miradas de unos ojos que se bajan al suelo tan altaneros como dulces, esa agitacion de un tierno seno que se estremece mostrando la armoniosa redondez de sus contornos indicados, todos estos sínto-

mas hablan solamente á las hábiles miradas de la experiencia. Una virgen siente y se asombra de lo mismo que está sintiendo. Desde el instante en que aprende á recelar y á guardarse del peligro, ya está caida de su altura... Porque la prudencia solo es una virtud de la tierra: el candor es el encanto de los ángeles.

El dolor de Santa se habia desvanecido... Se figuraba que un brazo poderoso sostenia su debilidad. Todos sus pensamientos iban dirigidos á Gaston. Aquel brazo valiente, invencible, se levantaba para defenderle... Su corazon se ensanchó dulcemente. El nombre de Romeo resonaba en sus oidos como una palabra dichosa de esperanza.

Romeo no habia faltado á su promesa. Habia vuelto. El era el que habia dicho: Gaston vive; Gaston se ha salvado...

Oh! Santa lo creia con todo su corazon. Podia mentir Romeo?...

El bálsamo derramado sobre una herida logra calmar por un instante sus agudos dolores. Pero alrededor de la herida la carne está abrasada; cuando el bálsamo se evapora, el paciente se revuelca de nuevo entre los latidos dolorosos de su mal...

La pobre Santa solo gozó un instante de reposo. La soledad con su tristeza sombría disi-

pó bien pronto aquel cònsuelo pasajero.

La imagen protectora desapareció de delante de sus ojos. Romeo no ocupaba todavía mas que un lugar subalterno en su corazon. Santa estaba muy próxima á amarle, le amaba; pero estos primeros sueños del amor han menester para revelarse tranquilidad y calma.

¿Se oyen por ventura, cuando muge la tempestad atronadora, los dulcessones de una orquesta de baile?

Santa estaba poseida de temores crueles. Ya no vió delante de sí á Romeo que era la esperanza; solo distinguia entre las sombras de la desierta habitacion un lecho blanco, salpicado de manchas de sangre...

Aquel era un horrible suplicio; porque la pobre niña no tenia fuerzas ni para luchar contra su dolor, ni para elevar sus plegarias al cielo.

Santa inclinó la cabeza sobre su pecho agitado por los sollozos. De sus labios salian débiles gemidos de agonía.

Sin embargo, aquello era un sueño.

Oh! qué hermoso estaba Gaston, y qué dulce resonaba su voz!

En sus mejillas brillaban bellos colores de salud y de fuerza. Sus labios sonreían. Esta-

la apoyado en el brazo de Romeo, y ambos manifestaban amarse mucho.

Gaston entreabrió sus labios. Nombró á Romeo y le llamó su hermano.

Y Santa tenía alrededor de sus rubios cabellos una corona de flores de naranjo. Se distinguía esta corona á través del largo velo de gasa de las desposadas.

El día estaba claro, sereno y puro. El aire circulaba impregnado de vagos perfumes. El camino estaba cubierto de flores blancas, y rosas derramadas con sus verdes ramajes. Qué mas? se respiraba por todas partes una calma deliciosa, y ese placer inefable y misterioso que supone la poesía pagana en los campos Eliseos...

Y Santa se preguntaba á sí misma por qué había llorado...

Estos sueños asesinan, porque despues se despierta.

Santa se levantó de improviso... sus pies vacilaban desfallecidos... Aquel día tan hermoso se había convertido en una noche lóbrega y densa... El silencio había reemplazado á las voces amigas que resonaban en sus oídos... Santa quería aun hacerse ilusiones. Pero, al menos, si su felicidad era un sueño, la angustia y la desesperacion mentian también... Porque allí, á su alrededor no había ni

placeres ni dolores ... La realidad solo pintaba ante sus ojos el tranquilo reposo de la vida ordinaria...

Santa se asía con todas sus fuerzas á este pensamiento. Tomó la bugía y dirigióse á la cámara de su hermano... Allí solo encontró la ausencia, la desolacion y el duelo.

Entonces Santa sintió como una mano de hielo que apretaba su pobre corazon destrozado.

Oh! sí... esas risueñas quimeras que vienen á burlarse de la desesperacion misma. Porque esas quimeras vienen sin piedad á revolver el puñal dentro de la herida. Despiertan, escitan mas y mas un dolor que iba tal vez á embotarse. Asesinan, sí, asesinan!...

Santa al contemplar aquel lecho vacío, aquella blusa azul y aquel pantalón de trabajo, se sintió como herida por el último golpe. Dobláronsele las rodillas y cayó sobre el frio suelo ocultando su cabeza entre los pliegues desordenados de la colcha.

Era media noche... Hacia bastante tiempo que no se sentia ya el eco monótono de la lectura de Berta. La anciana Duquesa dormitaba sin duda.

Algunos minutos despues de caer Santa

desvanecida, Berta de Maillepré apareció sobre el umbral que la estaba prohibido trasponer.

Llamó á su hermana en voz baja, y como no obtubiese respuesta, adelantóse hasta el lecho de la joven.

Berta estaba muy mudada hacia ya dos dias. La última centella de su mirada moribunda se habia estinguido completamente.

Su rostro, frio y taciturno poco antes, aparecia entonces con una espresion dolorosa. Toda su persona revelaba el sufrimiento mas cruel: se hubiera dicho que demandaba compasion.

No encontrando á Santa en donde la buscaba, atravesó la habitacion con paso lento y trabajoso.

—Hermana mia! hermana! dijo otra vez en el umbral de la cámara desmantelada que servia de dormitorio á Gaston.

El mismo silencio respondió á sus palabras.

Berta levantó su bugia. Entonces vió á Santa de rodillas ocultando su rostro entre la colcha de un lecho vacio...

Berta se apoyó en la entrada de la habitacion. Sus labios se estremecieron como para pronunciar estas palabras:

— Está llorando...

Sus ojos continuaron secos. No habia ya lágrimas en el fondo de aquella alma lacerada.

Y tenia la infeliz un conocimiento tan amargamente profundo de su aislamiento cruel, que ni aun osó siquiera colocar su mano sobre el hombro de su hermana, y decirle: suframos juntas...

No! porque ella estaba sola, completamente sola en la vida. A su alrededor solo se elevaban los muros invisibles y sombríos de una prision moral. Ella estaba olvidada antes de morir; borrada de la lista de los que viven, de los que consueñan, de los que aman y son amados...

Berta volvió lentamente la espalda á la agonía de su hermana. Habia venido solamente á saber si Gaston existia. Y habia visto la desesperacion arrodillada delante de un lecho vacío.

Gaston no existia ya...

Berta volvió á entrar en la cámara de su abuela, murmurando los versos latinos del De profundis...

Sentóse á su bastidor de tapiceria, en el que se mezclaban en un confuso ramillete los bellos matices de las rosas encarnadas de otoño y los colores caidos de la lila.

Su talle frágil estaba encorvado. Colocó su mano descolorida junto al corazón y dijo, con ese tono que espanta sumiendo el pensamiento en el fondo de un abismo de dolores:

—Yo me creía ya incapaz de amar.....

Tomó su aguja y se inclinó sobre el bastidor. Su mano temblaba. Después de dar algunas puntadas, gruesas gotas de frío sudor deslizaron de sus sienes rodando por sus mejillas.

Detúvose un instante para respirar.

Cuando quiso volver a su tarea, la aguja saltó de entre sus dedos crispados.

Contempló su trabajo comenzado con una expresión de amargo desaliento.

—Yo hubiera querido concluirle, dijo tristemente, pero no podré... no, no podré... Las flores que le llevé la otra noche serán las últimas...

Luego, después de un instante de silencio, en que solo se escuchó su aliento trabajoso mezclado con la respiración tranquila y fuerte de la anciana Duquesa, volvió a decir:

—Cuando yo deje de existir, quién le llevará ya nuevas flores?

Esta idea disipó una sonrisa que comenzaba a entreabrir sus labios descoloridos.

Pero la idea desvaneci6se, y luego aquella sonrisa volvi6 6 aparecer en su boca. Una sonrisa radiante es siempre muy hermosa...

—Oh! c6mo va 6l 6 tenderme sus bracitos, murmur6 juntando sus manos sobre el pecho, con la dulce espresion de una madre que arrulla 6 su hijo; como va 6 sonreirme y 6 besarme... Ah! yo he esperado con paciencia, Dios mio!... He conservado mi vida, porque vos no quereis que nadie muera antes del tiempo destinado... Era preciso que yo obedeciera... debia obedecer para ir 6l cielo... al cielo donde me aguarda 6l, mi 6ngel hermoso, mi Edmundo querido... mi hijo!...

Y reia y lloraba...

Este pensamiento, el pensamiento de su hijo lograba reanimar su pobre alma, bañ6ndola de amor, rode6ndola de una viva aureola de juventud y de hermosura...

Despues de algunos instantes de dulce desvario, Berta enmudeci6: levant6se en seguida y ocult6 la labor en su escondrijo ordinario.

Sac6 del fondo del armario un cofrecito, y volvi6 6 sentarse en el mismo lugar.

El cofrecito solo contenia un bucle de cabellos rubios y un rollo de papeles.

Berta llevó el bucle de cabellos rubios á sus labios, murmurando vagas y tiernas querellas de amor. Era de su hijo... habia sido de su hijo aquel precioso bucle, aquella reliquia adorada! Era lo único que la quedaba ya de su hijo... Era su único tesoro, su felicidad, el único bien porque tenia que verter lágrimas al abandonar la tierra. Le besó, le dirigió dulces y tiernas palabras; le colmó de lágrimas y de sonrisas.

Después desarrolló lentamente el papel, á cuya cabeza estaban escritas estas palabras:

En el nombre del Padre, del hijo y del Espíritu Santo.

Este es mi testamento...

FIN DE LA SEGUNDA PARTE.

EL ÚLTIMO DE LOS MAILLEPRÉ,

TERCERA PARTE.

LAS HIJAS DE MAILLEPRÉ.

I.

Virgen y madre.

En el nombre del Padre, del Hijo y del Espíritu Santo.

Este es mi testamento...

Tal era la inscripcion colocada á la cabe-

za del cuaderno que Berta tenia oculto en su cofrecito; al lado del bucle rubio, reliquia adorada, dolorosa, pero consoladora al mismo tiempo, que hacia brotar lágrimas á sus ojos secos, y que la hablaba de su hijo.

Berta desenrolló lentamente aquel manuscrito.

—Gaston hubiera podido guardármelo hasta el matrimonio de Santa, murmuró la triste jóven; porque Santa se casará... Ella llegará á ser feliz algun dia... Asi derrame Dios sobre ella todas las felicidades que ha rehusado á los hijos de Maillepré!... Despues de su casamiento, Santa hubiera podido derramar al recordar mi desventura esas dulces lágrimas que humedecen los ojos de los que son felices... Ella hubiera recojido mi herencia, adoptando la pobre tumba en donde Edmundo descansa adormecido....

Detúvose al murmurar aquel nombre querido. Para pronunciarle, siempre encontraban sus labios dulces sonidos, ecos misteriosos y suaves que parecian caricias.

—Pero Gaston no existe ya, repuso ella, Gaston... uno mas á quien voy á volver á ver muy pronto... Oh! yo que dejaba embotar mi corazon en la vida, cuántos tendré á quien amar tiernamente cuando muera!... mi padre... mi madre... Gaston... Pero ellos no co-

nocen á mi hijo... ¿Querrán amarle, por ventura? querrán amarle, Dios mio?

Berta dejó caer sus ojos hasta el fondo del cofrecito, en donde estaba el bucle rubio de su hijo.

—Ah! sí... pensó ella; yo le diré que les sonria muy dulcemente, que les tienda sus bracitos de rosa... y ellos le amarán... Y por qué; Dios mio, por qué habian de alejarle de sí?... En el cielo, todos saben leer en el fondo de los corazones... Solo en este mundo se hubiera podido creerme culpable...

Interrumpióse de nuevo, y quedóse un momento suspensa, como si se hallara sumergida en un profundo desvario. Despues continuó:

—El era el último!... El nombre de Maillepré ha muerto para siempre!... Dios habia dotado de valor y fuerza el brazo de nuestros padres... pero solo ha legado á sus hijos debilidad y miseria... Era fuerza que esa raza de caballeros se extinguiese tarde ó temprano... Qué hacia aqui abajo Maillepré despojado de su gloria?...

Continuaba siempre Berta con la cabeza inclinada sobre el pecho; pero habia cierta espresion de orgullo en la nube sombría de su frente, cierta espresion de arrogancia en la amarga sonrisa que entreabria

sus labios. Un vivo resplandor brillaba á través de sus párpados caídos.

Berta mecía lentamente la cabeza.

—Pobre niño!... murmuró con acento profundo de compasion; y yo me acuerdo ahora... ahora que es preciso olvidarse de todo... Ya no nos pertenece el nombre glorioso de nuestros mayores... y Gaston, el gefe de la familia, solo tendrá por tumba un poco de tierra con una cruz de madera, en donde no estará la corona ducal sobre el escudo que cuenta siglos de gloria... Ah!... mucho nos debe Dios en la otra vida!...

Estas palabras, que en otra boca hubieran sido una atrevida blasfemia, brotaron de los labios de Berta con una expresión de convencimiento sencillo. Habia llorado tanto la infetiz!

—Pero necesita flores... continuó despues de una pausa: sí, mi Edmundo necesita flores... Carlota... yo no la conozco ya!... Ella no nos amaba... Santa... Oh! cómo amaria Santa á mi Edmundo!... Pero la relacion de mis desgracias llenaria de espanto su alma virginal... Yo no puedo, no... no puedo ya!... Pobre tumba... pobre tumba... ya no irá nadie á visitarte jamás!... Pobre crucecita... ya nadie suspenderá de tí coronas de flores!... La yerba crecerá alrededor... y llegará un

día en que nada se distinga allí...

Berta se estremeció.

—Nada! repitió; nada!... despues de tanto amor!... despues de tantas lágrimas!... de tanta felicidad.

Berta estaba estenuada de fatiga. Aquella velada habia acabado de agotar todas sus fuerzas. Sin embargo no pensaba siquiera en reposar sobre el pobre catre preparado para ella junto á la cama de la vieja Duquesa.

Berta se sentia morir. Su vida se extinguia lentamente; y hacia ya mucho tiempo que ella abrigaba el convencimiento íntimo de que su existencia caminaba á su fin, y contaba con frialdad é indiferencia cada paso que daba hácia la tumba. Era una pobre flor á quien habia faltado el rocío del cielo. Una flor que se doblegaba marchita antes de tiempo. Y á la manera que el lirio tronchado exala todavía del soplo de las brisas de la noche sus últimos perfumes, así en medio de la soledad exalaba Berta dulces querellas y un grito sofocado de amor, que era la última emanacion de su alma resignada.

No queria Berta reposar aquella noche, porque aquellas páginas escritas en sus horas de insomnio iban á quedar junto á ella. Aquellas páginas eran su existencia, su se-

creto. Su secreto, que nadie habia llegado á penetrar. Berta queria consagrarle todavia algunas lágrimas, en cambio de algunas flores, que ya no le era dado derramar sobre aquella pequeña tumba, en donde la hemos visto arrodillarse y orar.

Comenzó á hojear el manuscrito. Aquella era la última lectura. Queria ver si no habia nada que quitar, nada que añadir.

En el principio de aquellas páginas se echaban de ver muchas palabras borradas por las lágrimas, pero á medida que se iba mas adelante, parecia que la pluma habia caminado con mas seguridad.

Decia así:

«La crucecita es negra. En ella hay escrito un nombre: Edmundo.

»Debajo de este nombre no he puesto: Rogad por él, porque por los ángeles no se ruega....

»Allí, bajo la yerba yace mi hijo... el hijo de Berta.

»Yo escribo esto para aquellos que me han amado, para Gaston, mi hermano, el jefe de nuestra casa, que tiene el derecho de juzgarme; para Santa, mi hermana, por quien rezo cada dia, siempre que Dios me permite rezar.

»Gaston y Santa me amaban en otro tiem-

po. Ahora me tienen olvidada. No me quejo.

» Su recíproca ternura me ha hecho derramar lágrimas algunas veces, porque por mas oprimida que esté un alma, hay momentos en que necesita amar alguna cosa, alguna cosa mas que un recuerdo...

» Pero Dios me habia destinado á ser enterrada en vida. Yo bendigo el nombre de Dios...

» Escribo para que aquellos que me han amado depositen á una madre en la tumba de su hijo.

» La muerte infunde piedad y compasion, yo no sé por qué. Gaston y Santa pensarán en mí cuando haya dejado de existir. Si derraman lágrimas, que sea al pié de la tumba de la crucecita negra en que yo he escrito el nombre de mi Edmundo.

» En tanto que Santa sea una niña, mi hermano Gaston no la dirá nada acerca de mi historia. La llevará solamente una vez á la tumba de la crucecita negra, y Santa derramará sobre ella algunas flores.

» Yo soy una pobre muger y he sufrido mucho. Hermana mia, hermana mia, haced esto por mí!

» Vivíamos en la calle de Vaugirad. Nuestra buena madre yacía en su lecho de

donde no debia volver á levantarse mas. Biot temblaba presa de la fiebre en su miserable cama. Gaston se hallaba bajo el influjo de esa cruel enfermedad que debia aumentar el número de nuestras desventuras.

» Carlota y Santa no habian aprendido todavia á trabajar.

» Yo estaba ya encargada del cuidado de madama la Duquesa, nuestra venerable abuela...

» Un día, el pan faltó completamente.

» Gaston tenia hambre. Madama nuestra abuela daba sin cesar sus órdenes para que se sirviese la comida.

» Santa y Carlota lloraban.

» Ellas deben acordarse bien de aquel día...

» Entonces no teníamos como ahora la posibilidad de rodear á madama la Duquesa de esa apariencia de lujo y bienestar con que engañamos su vejez; ella sin embargo no veia nuestra horrible miseria tan de cerca como en otra ocasion en la única pieza en donde estábamos todos apiñados en la casa de M. Polipo, en el *Palais Royal*. Su estado continuo de insensibilidad, y lo vago de sus ideas contribuian por otra parte á engañarla y deslumbrarla. Ella no sospechaba siquiera nuestra amarga situacion...

» Yo me adelanté hácia madama la Duquesa. Mi corazon se partia de dolor porque yo creia darla un golpe cruel.

» Yo la dije: Madama, abuela mia, vuestros hijos no tienen pan que comer.

» Estaba ella sentada en su alto sillón de paja, Yo la vi entonces inclinarse hácia mí sumida turbia y fria que descendió hasta fijarse como un peso de plomo sobre mis ojos, que bajaron al suelo.

— » Eh! qué puedo hacer yo, hija mia? me preguntó secamente.

— » Yo la respondí balbuceando: Madama, abuela mia, yo sé bien que á nosotros nos toca servirlos; que vos no debeis hacer nada, pero...

— » Acabemos, señorita de Maillepré, me interrumpió con su acento breve é imperioso...

» Yo no me atrevia ya.

» Pero Gaston desde la pieza inmediata llamaba á Santa y la decia: Tengo hambre!

» Y Santa, la pobre niña sollozaba...

» Yo escuché todo esto.

» Madama la Duquesa tenia sobre un velador, colocado junto á ella, su caja de oro esmaltado, dentro de la cual está ese retrato cuyo original no hemos conocido ninguno de nosotros; era lo único que queda-

ba ya del patrimonio de Maillepré.

»Yo la miraba con codiciosos ojos, porque podia salvar á nuestra madre y á Gaston; porque podia dar á Juan María Biot, nuestro unico protector, nuestro único recurso, el tiempo necesario para restablecerse. Aquella caja era nuestra salvacion.

»Recobré valor y continué:

—»Abuela mia, esa caja, que para nada os sirve, podria darnos á todos la vida.

»La mano de madama la Duquesa, con un movimiento repentino, se cerró sobre la caja de oro, que desapareció bajo los pliegues de su vestido de seda.

»Nuestra abuela me miró con un aire de desconfianza y de furor.

—»En eso estamos ahora, hija mia! dijo ella meneando su blanca cabeza; no teneis tiempo de aguardar á que yo muera para repartiros las joyas de Maillepré? Que venda madama mi nuera, si la parece bien, el castillo de Avalon en Borgoña, ó la casa de Kergaz en Bretaña, señorita... que enagene, si quiere, el palacio de monseñor mi suegro, que hipoteque sino las posesiones de Santo Tomás de Dunes, de Naye, de Blessac... No nos hallamos por cierto tan apurados todavía... A escepcion de los dominios de Maillepré que son bienes vinculados, podemos

hacer dinero de todo lo demas. Haced que me sirvan la comida!...

» Yo me quedé aterrada...

» Y sentia sin cesar á Santa que lloraba y gemia...

». . . En aquel tiempo yo no estaba aun completamente prisionera. Tenia la misma vida que todos los demas. Se me hablaba todavia como á un viviente.

» Habitaba en la misma casa, en el piso mas abajo, un hombre cuya reputacion habia llegado hasta mí: decian de él que abrigaba un corazon dedicado esclusivamente á la beneficencia. Yo habia oido hablar muchas veces de sus valerosos esfuerzos en favor de los pobres. Se habia sacrificado hasta el extremo de desafiar las prisiones por llevar el consuelo y el alivio á las clases menesterosas y degradadas. Biot hablaba de él con mucha frecuencia, porque le estaban hablando de él siempre. Biot decia que aquel hombre generoso consagraba su pluma á los pobres, sosteniendo en pro suyo y contra los ricos una guerra infatigable...

» Se necesita menos valor, hermano mio, para implorar una limosna, que para ver á todas horas el dolor y la amargura de los seres que se aman.

» Yo salí sin ser apercibida de nadie y lla-

me á la puerta de aquel hombre

»Quiero callarte su nombre. De qué me serviría legarte la desdichada herencia de una venganza estéril?...

»Entré en su casa. Yo tenia el rostro inundado de lágrimas.

»En medio de ahogados sollozos, le dije: Mi madre se está muriendo y nosotros no tenemos un bocado de pan!

»El hombre generoso me tomó de la mano y me introdujo hasta el fondo de su habitación.

»Yo le seguí sin desconfianza. Él iba cerrando todas las puertas detrás de nosotros.

»En la última pieza, me hizo sentar á su lado, y me dijo que era hermosa.

»En aquel momento se elevó en el fondo de mi corazón una voz que me aconsejaba huir de aquel lugar. El rostro de aquel hombre me repugnaba y me causaba horror. Pero tenían tanta, tanta necesidad de mi valor todos aquellos seres á quienes yo amaba!... y despues de esto, me habian repetido tantas veces las alabanzas de aquel hombre caritativo y benéfico, cuya pluma desinteresada halagaba tan solo á la indigencia!...

»Las primeras palabras que me habia dirijido habian sido desde luego dulces y paternales. Dióme las gracias por haberme acer-

cado á él. Repitió largas frases sobre la satisfacción que él sentia haciendo felices á los demas.

»Yo hallé todo esto muy bello, pero tenia miedo, porque sus ojos audaces me devoraban sin cesar, y porque él me decia á cada momento que era hermosa.

»Asíome entrambas manos. Esos seres á quien vos amais, me dijo, esos seres, niña mia, tendrán pan que comer desde hoy en adelante. Yo no soy rico. Acabo de salir de la prision adonde me han conducido mis esfuerzos en favor de los infelices... Pero no hay hombre tan pobre que no pueda conceder un obolo que se le pide con gran necesidad... Habéis hecho muy bien en venir, niña mia...

»Yo recuerdo estas palabras, porque ellas reanimaron mi afligido corazon. Me avergoncé de haber sospechado un instante de un hombre tan bueno.

»Hermano mio, hermana!... lo que voy á deciros... todo lo que sigue es verdad... es la pura verdad.

»El generoso escritor hizo un movimiento. Yo creí que se levantaba para ir á buscar los socorros que habia ofrecido, y me hallaba muy impaciente, porque vosotros me esperabais, y me parecia escuchar vuestros gemidos sobre mi cabeza.

»... Sentí mis brazos sujetos á la espalda por un lazo brutal. Lancé un grito...

»Un solo grito; pero unos labios infames se posaron como una fuerte mordaza sobre mi boca...

»Entonces, yo era vigorosa todavía. Luché con todas mis fuerzas. Dios nos ha dotado á las mugeres de una presciencia del peligro. Yo lo ignoraba todo, y en aquel momento cruel que precedió á mi humillacion, todo se reveló á mis ojos.

«El miserable hacia grandes esfuerzos para vencerme, se ponía encarnado; su semblante enrojecido se posaba oprimiendo fuertemente mi rostro; su respiracion ardiente me sofocaba y abrasaba...

«Yo resistí, luchando siempre con todas mis fuerzas.

«Él hijadeaba ya medio rendido de cansancio. Sus ojos ensangrentados parecia que iban á saltar de las órbitas...

»Cayó sobre sus rodillas... Yo me creí en salvo.

»Pero él volvió á levantarse arrojando espuma por la boca y blasfemando horriblemente... Su puño cerrado hirió tres veces mi pecho. La muerte pasó por delante de mis ojos...

»Hermano mio, hace ya mucho tiempo que yo he perdonado á ese hombre, todos los dias ruego por él al cielo.

» . . . Yo estuve quince dias agonizante. Vosotros no podeis haberlo olvidado. No tenia ni el uso de la razon.

»Cuando volvi de mi letargo, todos vosotros estábais alrededor de mi cama. Mi madre habia muerto ya.

»Dios mio! Puedo ser culpable?... Yonada supe hasta el momento desventurado!

»Sin embargo, una vaga tristeza pesaba sobre mí. Yo ignoraba la causa de mis temores, pero temia; yo sufrí horribles angustias durante mis largas noches de insomnio. Deseaba estar sola, y desde el momento en que me veia sola, anhelaba ruido alrededor de mí, movimiento, vida.

»Vosotros os ocupábais de mí todavia en aquella época, hermanos míos. Con mucha frecuencia, os esforzásteis á adivinarla causa de mi tristeza. Santa, la pobre niña me colmaba de caricias. Carlota en sus arranques de infantil alegría, se atrevia tal vez á preguntarme. Podia yo responder? Yo me acordaba solo de una lucha horrible, terminada por un golpe casi mortal. Hé aqui todo lo que yo sabia... Por mi salvacion os lo juro!... Esto era todo lo que yo sabia.

» Hay acaso en nosotros dos memorias, la del instinto y la de la razon?... Yo no me acordaba mas que de un asesinato, y sin embargo no acusaba á mi asesino.

» Tenia vergüenza de pronunciar su nombre. No le he pronunciado jamás. Por qué?...

» El permaneció en la casa, conservando su reputacion de hombre generoso y benéfico. Continuó allí mas de un mes despues de su crimen, como si hubiese adivinado que nada tenia que temer de mí. Despues partió. Yo no le he vuelto á ver jamás. Dios le conceda el arrepentimiento y el perdon de su delito!

» Yo me restablecí lentamente, y como me fatigáran sobremanera vuestras preguntas tiernas y cariñosas, tenia mi mayor gusto en quedarme sola con madama la Duquesa. La veneracion verdadera y profunda que yo sentia hácia ella fue una razon mas para que me quedase siempre á su lado, con el reposo que habia menester, y que solo á su lado podia encontrar. Si lloraba, ella no me veia; si suspiraba, no me sentia tampoco.

» Yo creo que en su inteligencia soy todavía una niña que aun no ha llegado á la edad de la razon. Jamás me ha dirijido una pregunta. Y á su vista, delante de ella, es donde yo he sufrido tan cruelmente!

» Pasaron algunos meses.

»Una noche, me despertaron sordos dolores... En mis entrañas se movía alguna cosa... Yo escuché... Observé llena de espanto aquella revolucion desconocida que se obraba dentro de mí... aceché cada estremecimiento que retorcia mis entrañas...

»Oh! quién sino Dios podía hacer descender un rayo de júbilo al corazón de la pobre niña que iba á ser madre!

»Qué voz sino la suya revelaba á la ignorante virgen aquellos misteriosos ofrecimientos del dolor!...

»Un grito profundo se elevó desde el fondo de mi alma. Yo me sentí poseída de un transporte de amor, de amor inmenso. Junté mis manos y oré...

»Oré por mi hijo, cuya venida me anunciaba un estremecimiento de ternura. Yo era madre; lo sentía; lo sabía!

»Madre!... Aquella fué una noche de deliciosas esperanzas, de locas ternezas, de ardientes desvaríos.

»Mi hijo! oh! cuánto le amaba ya!...

»Aquella fué una noche de desgarradora incertidumbre, de amargos temores, de duelo y de agonía!...

»Yo era madre!... y era la señorita de Maillepré!...

»En nuestra infancia, Gaston, nuestra bue-

na madre solia decir que nosotros dos nos parecíamos tanto en el semblante como en el corazón: que éramos dulces, pero altivos y arrogantes.

» Esto es muy cierto! Al arrebatarnos todo lo que tenían nuestros padres, Dios nos dejó solamente el noble orgullo de nuestra raza...

» Tanto mejor para ti, hermano mio. El orgullo en el hombre es el don. El orgullo en vosotros es el valor; es la virtud....

» Tanto mejor para ti!...

» Pero para mí!... Oh! dónde se ha estraviado la sangre gloriosa de Maillepré, que circulaba por mis venas!...

» Ya lo sé. El ser puras, no les basta á las hijas de nuestros padres. Les está prohibido caer, aun bajo el peso de la fatalidad misma. Una mancha involuntaria tambien empaña y deslucen un escudo. La desgracia en ellas mancilla casi tanto como el crimen. No es cierto que solo quedaba ya un claustro para la señorita de Maillepré deshonrada y envilecida?...

» Pues bien, hermano mio, yo misma me he juzgado. Yo misma me he condenado. He puesto una dura barrera entre la vida y mi juventud. Existe tal vez un claustro mas inaccesible á los placeres del mundo, mas silen-

cioso, mas solitario que mi prision?...

»Dios, que me ha infundido un respeto religioso hácia nuestra abuela, ha dado fuerzas á la pobre niña envilecida para no murmurar, para no quejarse siquiera en su estrecha reclusion...

». Yo sentia vagas esperanzas, mezcladas de impaciencia y terror. Ignorándolo todo, yo no podia adivinar ni prever las escenas sangrientas de ese drama de dolor, en que la muger divide en dos su aliento y su vida, desprendiendo de sus entrañas un nuevo sér...

»Yo no pensaba en disponer preparativos de ninguna especie; no pensaba siquiera en tomar la menor precaucion. Tenia en Dios una fé sin limites, una fé inmensa: Dios sabia la inocencia de mi alma.

»Y... lo diré?... este era un pensamiento loco y sacrilego!... pero yo me comparé con la Virgen Santisima á quien elevaba cada dia mis ardientes plegarias... En medio de mi horrible miseria, como ella en medio de su divina gloria, yo iba á ser madre, yo que salia de la adolescencia, yo que no habia abrigado en mi corazon ni aun el nombre de un hombre!

»Perdonadme, Virgen Santa!... yo os ruego que me perdoneis!... He llorado despues

mucho, por haberme atrevido á colocar mi oscura humillacion al lado de vuestros sublimes misterios... Pero mi hijo, pero mi Jesus iba á nacer, y yo no tenia ni aun un pesebre en donde calentar sus primeros paños....

» Santísima Virgen! Vos me habeis perdonado. Vos teneis piedad de las madres.

» Yo tenia en vos mi esperanza. Despues de mi oracion, os ví bajar bañada de celestiales sonrisas, dirigiendo hácia mí, niña desventurada, vuestra divina mano para mostrar mi amargo dolor al hijo de Dios, de quien sois la suprema misericordia...

» Todo yacia en silencio en nuestra pobre morada. Unicamente una pequeña puerta me separaba de vos, hermano mio, de Santa y de Carlot. Mi cama estaba tocando con la de madama la Duquesa nuestra abuela.

» Mi vientre se retorcia, presa de mortales dolores.

» Yo sufría! oh! sufría cruelmente!.... Dedos de hierro desgarraban mis entrañas... Un sudor frio inundaba todo mi cuerpo. Mi corazon desfallecia. Mi cabeza pesada queria estallar!...

» Mis vestidos, apretados con fuerza entre mis dientes, ahogaban los ayes, las quejas que querian arrancar de mi corazon!....

» Los sonos vibrantes de la campana de Nuestra Señora de los Campos tañian á matines.

» Yo queria orar... oh! cuán difícil es la oracion en las horas de tormento y de martirio!...

» Pensé que me iba á morir....

» Madama, mi abuela, dormia profundamente. Reposaba con ese sueño ruidoso en que su respiracion se deja sentir fuerte y tranquila...

» Dormia como ahora, en el momento en que escribo estas lineas. Sin duda la vida de madama nuestra abuela, ha sido una vida buena y cristiana, porque su vejez se desliza tranquila y dulce.....

» Nada hay que turbe la calma de sus dias; ningun sueño afanoso ajita el blando sosiego de sus noches.

» Todavia vivirá mucho tiempo. Vosotros me reemplazareis á su lado...

» En aquel momento de indecibles torturas, el bienestar, la tranquilidad de mi anciana abuela, aquella tranquilidad que yo contemplaba tan cerca de mí, me parecia un sarcasmo cruel que insultaba mi angustiosa amargura. Yo envidiaba aquella inmovilidad fria, aquella falta completa de sentimiento que proteje al parecer á madama la Duquesa

contra todos los males dolorosos de este mundo....

» Oh! pero cuánto júbilo sentí tambien despues en medio de mi bárbaro suplicio!... Cuánta alegría, cuánta felicidad refrescó despues hasta el fondo de mi moribundo corazón!...

» Todo mi ser se deshizo en un momento de inmensa angustia.... La vida me abandonó por un instante... Mis sienes latieron fuertemente... Mis ojos se cegaron desvanecidos... Mi lengua se pegó helada al paladar... Yo recomendé á Dios mi alma...

» Despues, mis ojos volvieron á abrirse. Una sensacion de placer desconocido y nuevo ajitó toda la sangre de mis venas....

» Edmundo!.... pobre ángel, frio!....

» Yo contuve un grito que iba á escaparse del fondo de mi alma. Me levanté. Mi amor me daba fuerzas...

» Atravesé silenciosamente, con mi hijo entre los brazos, la habitacion donde dormíais todos. Sali.

» El frio me hizo temblar fuera... Yo comencé á caminar sostenida en las paredes. Nadie habia alrededor que pudiera acechar mis amargos gemidos.

» Llegué por fin, muerta de dolor y fatiga, á tocar el umbral del convento de Nuestra Se-

ñora de los Campos... Levanté la aldaba con un último esfuerzo... despues me dejé caer desfallecida, inanimada, sobre la piedra húmeda...»



El hioj de Berta.

Así continuaba el testamento de Berta:

« Era una noche fria y oscura. Yo estaba medio vestida. La lluvia calaba mis huesos. El contacto de aquella piedra helada hacia parar la sangre dentro de mis venas. Solo me habia salvado á medias del peligro.

»Algunos minutos mas, y no sé lo que hubiera sido de nosotros.

»De nosotros, hermano mio!... éramos dos!... mi hijo y yo!... Oh! si hubiera muerto entonces con mi Edmundo entre los brazos!...

» Pero la necesidad y el dolor no llaman nunca en vano á las puertas de estas santas moradas. Una mano compasiva y benéfica me levantó bien pronto del suelo, en donde me hallaba desmayada. El último lazo que unia á Edmundo á mi seno, fue cortado tambien... Yo recobré los sentidos y pude contemplar á través de mis lágrimas las facciones de mi hijo...

» Estaba dormido. La buena hermana que me habia recogido le mecia entre sus brazos.

» Era una muger joven todavia, de semblante dulce y enflaquecido por la penitencia. En él se leía la espresion del sufrimiento... aquella muger debia haber padecido mucho. Pero la resignacion se reflejaba serena en su frente; y sus ojos, que la costumbre de orar llevaba frecuentemente hácia el cielo, tenian una espresion dulce y tranquila... Pero mi hijo! mi Edmundo! qué hermoso era! La santa muger no podia menos de sonreirse al contemplar su sueño. Y le arrullaba entre sus brazos tan dulcemente!....

» Yo besé el ribete de su saya grosera, para pagarla aquella sonrisa que dedicaba á mi hijo.

» Despues la dije:

—» Hermana mia, tened piedad de mí! ese

pobre niño no tiene un asilo!...

»La religiosa me miró con aire severo. Pero estampó al mismo tiempo sus labios en la frente de mi hijo.

»Ella me dirigió algunas preguntas. Yo la referí mi desdicha.

»Y me crevó; porque colocó á mi Edmundo en su propio lecho, y apretó mis dos manos entre las suyas.

—»Hija mia, me dijo; yo no soy mas que la hermana tornera de un pobre convento.... pero vuestro hijo tendrá un asilo... El hombre que ha abusado de vuestra afliccion, es uno de esos hombres que nos asesinan hace cuarenta años, y que ahora nos calumnian... Es necesario rogar á Dios por él, hija mia!

»Esto me dijo ella. Yo no la comprendí, hermano mio. ¿Es cierto que ha habido una época muy cercana á nosotros en que la beneficencia y la santa caridad han sido títulos de proscripcion?... Mi padre nos decia muchas veces que durante su estancia en América, la Francia se habia dividido en dos bandos enemigos, y que la sangre se habia derramado á torrentes... Pero decia tambien que la Francia era un pais en que brillaba la generosidad y el honor... Asesinar pobres mugeres!...

»Esto es imposible.... imposible, no es

verdad?... Y en nuestros dias ¿quién tendría valor para calumniar á esos ángeles de la tierra que hacen una vida comun, dedicada solo á la oracion y á la caridad?...

»Iba á amanecer. La herma Marta despertó á una de sus compañeras, y ambas me sostuvieron hasta el umbral de nuestra casa.

». . . . Yo recogí toda mi felicidad dentro de mi misma. Me dediqué con mayor asiduidad que antes al cuidado de madama nuestra sbuela, confinándome á su habitacion, para tener tiempo de guardar un profundo silencio, y pensar en él, siempre en él!

»En mi querido Edmundo, que iba apren- diendo ya á sonreir á su madre!...

»La hermana Martale habia confiado á una pobre muger de la calle del Oeste. Siempre que el sol brillaba claro, mi Ed- mundo podia respirar el aire puro que mur- mura entre los grandes árboles de Luxem- burgo.

»Crecia: se iba haciendo robusto y vigo-roso... Yo era muy feliz! Cada dia me es- capaba de casa al descender la tarde, y cor- ria á estrecharle entre mis brazos... Dios mio! Dios mio! yo era muy feliz!

»Nadie se apercibió en casa de mis ausen-

cias. Yo me recataba siempre, como si fuese á cometer un crimen. Solo Biot me vió una ó dos veces deslizarme de la cámara de mi abuela. Pero Biot tiene un excelente corazón, y ama demasiado para poder abrigar sospechas.

» Hermano mio, si vos hubiérais visto al pobre niño enjugar mis lágrimas con sus manecitas de rosa!... Él me conocia... conocia siempre á su madre! Al acercarme á él, sus vagidos se volvian dulces y cariñosos...

»Y tenia dos madres entonces. La hermana Marta iba á verle casi con tanta frecuencia como yo... Santa muger, que ahora está con Dios, y que protege á mi Edmundo en el cielo, como le protegía en la tierra!...

»Señor!... Si yo era tan feliz, yo que solo contaba con una hora cada dia para ver á mi hijo, para admirarle, para adorarle, cuánta debe ser la felicidad de otras madres!

»Sus ojos se cierran cada tarde, fijos en el rostro querido de su hijo que duerme dulcemente. Durante la noche, despertadas por su dulce voz, gozan ese placer bendito de alimentarle con su pecho, haciendo circular su propia vida por las venas de un sér adorado!... Por la mañana, están sobre su

cuna, acechando su primera sonrisa. Y todo el día, sí, todo el día le pasan gozando con los inocentes caprichos de su hijo, moderando sus locas alegrías, consolando sus pasajeros dolores, que comienzan por lágrimas y concluyen por una sonrisa encantadora!...

»Cuánto deben amaros, Dios mío! Cuánto deben amaros esas felices madres! Cuántas gracias os darán por su inefable ventura!...

»Yo... yo os las daba desde el fondo de mi corazón. Edmundo mamaba la leche de una estraña. Edmundo dormía muy lejos de mi lado; otra mano, y no la mía, arrullaba su dulce sueño... Pero él era mío... yo era su madre!...»

Y Berta interrumpió su lectura. Su rostro estaba inundado de lagrimas.

—Yo era su madre!..... murmuró la infeliz.

Y dirigió una mirada oblicua á el bucle rubio de su hijo.

—Oh! sí!... continuó; yo he visto estos cabellos alrededor de una frente rosada... qué finos y qué brillantes estaban entonces!... Era la frente de mi hijo!... Ah! yo he tardado mucho en morir!...

Volvió una hoja de su manuscrito y leyó:

» Tal vez necesitaba mis cuidados. El alimento que él había menester no era sin duda el del pecho de aquella mujer... Qué sé yo?... A un hijo le hace falta su madre...

» Yo le vi un día más pálido que de costumbre. Me volví a casa cruelmente afligida. No sé qué horrible presentimiento me estremecía el corazón. Ningún síntoma alarmante aparecía en el rostro de mi hijo, pero yo no tenía fé en mi felicidad... Me parecía que nuestros goces, los goces de los Maillepré familia oprimida y agobiada bajo el peso de una fatalidad misteriosa debían ser siempre fugaces, pasajeros, y seguidos de un padecer horrible!

» Ay!... No me engañaba, no, por lo que a mí concierne. Ojalá me equivoque respecto de vosotros, hermanos míos!

» Al día siguiente, Edmundo estaba más pálido todavía. Hacía esfuerzos para sonreír, y lloraba.

» El día después...

» Perdonadme, Dios mío!... yo desesperé de vuestra justicia.. blasfemé... Perdonadme, Dios mío, perdonadme!...

» Él era mi única esperanza en este mundo!

Habia depositado en él toda, toda la ternura de mi corazón!...

»Tenia un paño blanco sobre la cuna... Su cuerpecito estaba frio... Parecia que se hallaba durmiendo.

»Mi alma se despedazó... Yo ya no tenia hijo!!!

»Señor! vos me le habiais dado, vos podiais arrebatármelo cuando fuese vuestra voluntad... Yo cometí un horrendo crimen al rebelarme contra vos... Pero, tened piedad de mí!... tened piedad!... He llorado mucho desde aquel día!... En la hora de mi muerte, no me cerreis la puerta de vuestro cielo, de ese cielo en donde habéis recibido á mi hijo...

» . . . Yo salí una mañana, y seguí sola, enteramente sola, un pequeño féretro, sobre el que habia colocada una corona de flores.

»Colocaron el féretro en una fosa: me dejaron besarle... despues la tierra comenzó á caer sobre él!....

»La tierra caia con un ruido sordo. A cada paletada, todo mi cuerpo se estremecía. Aquel es un ruido que queda resonando en el corazón por largo tiempo, y que se reproduce durante la noche desgarrando el alma en las horas del sueño...

»Yo le oigo con frecuencia. Y entonces veo

la fosa abierta, y un pequeño féretro que va desapareciendo poco á poco debajo de la tierra. Y mi martirio se redobra...

»A la noche siguiente, yo estaba muy fatigada y débil... no tuve fuerzas para contener mis sollozos. Vos fuisteis á mi lecho, hermano mio... Me preguntásteis la causa de mi afliccion....

»Oh! desde entonces, me he sabido dominar mejor... no escierto?... He sabido ocultar mis penas á todo el mundo!... Me he convertido en Berta la estatua... Nada ha habido ya de comun entre las angustias crueles de mi corazon, y mi semblante de mármol!...

»..... Todo habia concluido. Qué habia ya que pudiese arrastrarme fuera de aqui? Cerré delante de mí esa pesada puerta, por fuera de la cual hay luz, aire puro, vida. Me esforcé á aparecer fria, inmóvil, insensible...

»Vosotros me juzgásteis así, hermanos míos... me juzgásteis insensible, tal vez con demasiada precipitacion... Qué importa?... Vuestro error ha llegado á convertirse en realidad.

»Si, yo me he vuelto fria con el contacto incesante de esta vez vez helada... Sí, mi corazon ha palidecido tambien como mi semblante!...

»Si, sí!... Yo no sé qué aliento anima todavía este cuerpo diáfano y livido, que ya es un cadáver!...

»Yo respiro... pero ya no siento... no! ya no siento! Mi hijo!... este es el único lazo que me une á la tierra.

»Una tumba es lo único que me sujeta á la vida.

»Fuera del pensamiento de mi hijo, no existe nada en mí que no esté marchito y muerto...

»Necesito su imagen para poder pensar; para orar, necesito su recuerdo.

»Hermano mio, si Dios permite que los Maillepré recobren algun dia su perdido esplendor, vos volvereis á ser poderoso y grande como lo eran nuestros mayores. Sois digno de ello. En esos dias de felicidad y gloria yo os lo ruego con toda mi alma! no rechaceis con desden la memoria de Berta. Muere inocente. Solo vos poseis su secreto... Vuestro escudo no tendrá ninguna mancha por culpa suya, y su alma es virgen y pura á los ojos de Dios.

»Si sois rico, dadla un lugar en el sepulcro que vuestro piadoso amor elevará sin duda á nuestros padres. Dad en él lugar á Berta y á su hijo...

»Hermana mia, cuando sepais todo lo que

he sufrido, tan cerca de vos, vuestro corazón se conmoverá tiernamente; vos me llorareis, porque sois buena... Lloradme, sobre todo, hermana mía, porque he tenido la desgracia de no encontrar aquí abajo un alma en quien depositar mi secreto...

»Mi dolor me asesina, porque lo concentro todo en mí sola... porque yo siempre he sido sola, hermana mía!...

»Este silencio que me rodea; esta soledad, en la que solo se eleva delante de mí el semblante taciturno y sombrío de madama la Duquesa, este aire sofocante que ahoga mi pecho, mi humillación, la muerte de mi Edmundo, todo esto se reúne para oprimirme y acobarme, como un horrible peso que me magulla la existencia.

»Cuántas veces he querido hablar, buscando un ser que me compadeciese y consolase!...

»Pero me habia impuesto la tarea de velar noche y día por madama la Duquesa. Y nosotros los Maillepré no sabemos quejarnos, ni sabemos implorar compasión!...

»..... Mientras mis piernas alcancen a sostener este cuerpo moribundo, yo cumpliré con mi deber. Me levantaré todas las mañanas para emplearme en el tocado de madama nuestra abuela. Mi voz se elevará cada tarde,

repitiendo á su oído las santas lecturas de costumbre...

»Durante la noche robaré á mi sueño las horas que haya menester para continuar este bordado, cuyo valor me abrirá todavía una vez las puertas del hermoso jardín en que descansan todos aquellos seres que amábamos en la tierra.

»Después, cuando Dios juzgue cumplida la cuenta de mis dolores, me llamará á su seno. Vosotros me encontrareis tendida en mi asiento, pálida, helada, como el día anterior. Yo estaré ya entonces al lado de mi Edmundo.

«Hermano mío!... hermana mía!... sed venturosos... tan venturosos como yo os lo deseo...»

El sol naciente derramaba sus indecisos resplandores á través de las espesas cortinas de las ventanas.

Colocó Berta el manuscrito sobre el velador... Estaba pálida, espantosamente pálida!...

Mucho tiempo antes de llegar al fin del manuscrito, su semblante habia recobrado la expresión de helada inmovilidad que le era ordinaria.

Berta se levantó después. Sus piernas se doblegaron bajo el ligero peso de su cuerpo

enflaquecido.

Dirigióse al lecho preparado para ella, y trató de echarse y dormir.

La fatiga la hizo caer al punto en un profundo sueño.

El sueño comenzó á estender quimeras en torno de su mente. Suboca descolorida se abrió lentamente dejando entrever una sonrisa de dulce arrobamiento. Sus labios se comprimieron para murmurar esas dulces querellas que son el language de los sueños dichosos.

En su semblante, iluminado á deshora por una radiante hermosura, se pintaba una expresión de felicidad estática.

—Edmundo!... Edmundo!... dijo la pobre madre...

Al día siguiente, cuando Juan Maria Biot se presentó en la cámara de la anciana Duquesa, esta dormía todavía profundamente.

—Sabes tú leer? preguntó Berta al portero...

—Sí, señorita, respondió Biot.

Berta le puso su manuscrito entre las manos.

—Tú eres de la familia, continuó ella; este es mi secreto... Lee este manuscrito, y haz lo que yo suplicaba á mi hermano que hiciese él...

Biot quiso replicar... pero una voz seca y cascada resonó al mismo tiempo en la alcoba llamando á la señorita de Maillepré.

A la misma hora, y en un salon del primer piso del palacio, M. Williams estaba sentado junto á una mesa, hojeando un voluminoso libro, de entre cuyas páginas salían numerosos registros.

Cerca de la chimenea, cuya cornisa de mármol estaba llena de papeles mezclados en desórden, se mantenía en pié uno de los criados de M. Williams.

No puede decirse propiamente de aquel hombre, que fuese un simple criado. Tenía un aspecto de inteligencia y dignidad, tan frío como el de su amo; su trage era exactamente un medio entre el vestido de calle y la librea.

Estaba M. Williams completamente de negro, como en disposicion de salir de casa. Había en su rostro una espresion marcada de firmeza varonil; pero sus cabellos eran completamente blancos. Esta circunstancia no le hacía parecer tan viejo como podria creerse. Su estatura robusta y su tallo vigoroso desvanecian la impresion que hacía á primera vista aquel signo de la ancianidad. Despues de bien observado, solo podian dársele á M. Williams sesenta años de edad. En sus facciones se

echaba de ver al instante una espresion de bondad flemática. A la inmovilidad de su semblante se añadía la inmovilidad, todavía mas notable, de su cuello, envuelto en una alta corbata blanca, é inflexible como si fuese de piedra.

Todos saben que la etiqueta inglesa endereza generalmente el cuello de cualquier gentleman que tiene cierta idea de su importancia; pero en el cuello de M. Williams habia ya una tiesura extraordinaria y exagerada. Los cuellos de camisa mas almidonados y embarazosos de nuestros sportmen, aun los de aquellos que llevan al último extremo su ridiculez, permiten saludar con una lijera inclinacion ó poco menos; permiten volver á medias la cabeza, y tomar esa actitud humilde que los progresos de la equitacion han enseñado á los cabalgadores de primera tigura. M. Williams, por el contrario, parecia como aprisionado por la estrecha cárcel de un gorjal de acero. Para volver la cabeza hácia cualquier lado volvía todo el cuerpo: para poder leer en su libro, tenia que levantarle á la altura de los ojos.

En un hombre de los años, y sobre todo de la gravedad de M. Williams, la moda tiene poco imperio generalmente. Aquella tiesura de su cuello, solo podía proceder de

un vicio de constitucion ó de alguna herida.

La pieza adonde hemos introducido al lector, era uno de los salones de recibimiento del palacio de Maillepré. La armonia de sus hermosas proporciones le hacian parecer mas pequeño de lo que era realmente. Su techo artesonado estaba lleno de pinturas de la escuela de Rubens, en las que brillaban los ricos toques del estilo flamenco. Veíanse allí diosas de robustas espaldas, niños bebedores, bacantes caídas en el suelo bajo el influjo de la embriaguez; allí estaba Baco, el alegre conquistador, riendo con su copa colmada en la mano y haciendo flotar alrededor de su prolongada frente los pámpanos y verdes racimos que forman su tocado; allí estaba tambien el viejo Sileno, el semi-Dios bonachon cuyo vientre es un odre inflado, Sileno el símbolo de la alegría juguetona, borracho sempiterno montado sobre un asno; Sileno cuyo culto reprocharíamos amargamente á la antigüedad pagana, si no le hubiéramos robado su antigua sonrisa para colocarla en la estúpida faz del dios de la buena gente...

Alrededor del friso se estendia una larga guirnalda de encantadoras ninfas. Aquella era una pintura mas antigua, pero agradable

tambien y espiritual en todos sus detalles. Aquella pintura era tambien la espresion de lo bello, no como lo concibe la obesa inteligencia de Flandes, sino como lo sueña el génio delicado y purisimo de la Italia.

Diana corria conteniendo los arranques de su lebrél fogoso. Su ademan, su marcha digna, y elegante revelaban la diosa de los bosques. Su mano estaba escojiendo en su carcax la aguda flecha cuyo golpe debia terminar la caza. A su espalda se veian un sin número de celestiales vírgenes, cuyas bandas flotaban al viento en su carrera rápida.

Algun discípulo de Julio Romano, el mismo Primatece quizás, habia diseñado aquella guirnalda animada, llena de vida y movimiento...

Debajo del friso se estendian, colocados en cercanos espacios, algunos retratos de familia. Un mismo lienzo contenia á veces dos: un duque y una duquesa, rodeados de sumarco de oro, adornado en la parte superior por sus escudos de alianza.

Aquella era la galeria ducal. En otra pieza se hallaban los retratos de los antiguos señores de Maillepré, que habian muerto siendo simples caballeros, en un tiempo en que los reyes mismos tenian á mucho honor calzar la espuela dorada.

En el último cuadro de la galeria ducal, estaban los retratos de dos hermosos juvenes, y debajo las armas cuarteladas de Maillepré y de Dreux.

El mancebo vestia el gran uniforme de brigadier de los ejércitos, y tenia el cordon del Espíritu Santo sobre su pecho. Era Juan III de Maillepré.

La dama, que apenas parecia haber salido de la infancia, estos matrimonios precoces eran muy frecuentes, como sabemos, en tiempo de nuestros reyes, la dama se llamaba Bertta de Dreux.

Era hermosa, pero un no se qué de sequedad y de dureza aparecia sobre el color rosado de su juvenil semblante, y cierta expresion de despego árido en su sonrisa, oculta á medias por un ramillete de zarza-rosa.

En cuanto al Duque de Maillepré, hubiérais creído al mirarle, ver á Gaston mas joven todavia, con un aire de indolente abandono en los labios, y frescos colores en las mejillas.

M. Williams tenia en aquel momento los ojos fijos en este retrato.

Un rayo del sol, que comenzaba á elevarse en su carrera, pasando á través de las cortinas, heria oblicuamente toda la linea de los cuadros colocados enfrente de M. Villiams, dando animacion y vida á los lienzos, y bri-

sto y resplandores á las molduras sombrías de los marcos dorados.

M. Williams volvió á tomar su libro, que era el Código civil frances, y que estaba abierto por este titulo: de los ausentes.

Levó algunas líneas; despues volvió á dejar el libro sobre la mesa, y dirijió su vista por un movimiento involuntario hácia el retrato del duque Juan III.

—Toby, dijo M. Williams al hombre que se hallaba detrás de él junto á la chimenea; habeis encontrado vos alguna vez por casualidad á ese joven que habita en el patio, cerca de nosotros?

—Jamás, respondió Toby Grant, volviéndose con aire respetuoso hácia su señor.

—Ah!... murmuró este con tono dolorido.

Toby esperaba una segunda interrogacion. Pero viendo que su señor guardaba silencio, volvió á continuar su tarea.

Estaba ocupado en arreglar y ordenar los papeles esparcidos sobre la meseta de la chimenea. Habia una gran porcion de ellos, y la mayor parte presentaban ese aspecto particular de las hojas que han pasado por los oficios de escribano, ó permanecido largo tiempo en algun archivo.

—Toby, volvió á decir M. Williams al cabo de algunos momentos; cómo ha pasado

el señor la noche?

—Bastante tranquila, respondió Grant; John y yo, hemos podido dormir descansadamente... Esta mañana al amanecer el señor se ha sentado sobre su almohada para elevar el canto de guerra... pero no ha intentado salir de la cama...

—Bien, Toby, está bien...

M. Williams había escuchado aquella respuesta con aire distraído. Hizo volver algunas hojas de su Código, y puso un registro en la página del artículo 762, que niega á los hijos adulterinos todo derecho á la sucesion de sus padres.

—Toby, repuso en seguida; traedme el auto del tribunal de primera instancia del Sena, que declara á M. de Compans en posesion definitiva de los bienes de M. de Maillepré.

Registró Grant los papeles, y tomó de entre ellos una minuta amarillenta ya por su mucho tiempo, y colocóla en manos de su señor.

M. Williams le leyó con la mayor atencion.

—Del primero de diciembre de 1803! murmuró este; al fin de este mes, ya no será tiempo!

Segunda vez leyó aquel escrito. Conforme

le iba repasando, su semblante, impasible de ordinario, tomaba una espresion de impaciencia y de furor.

—La ley está claramente infringida; repuso M. Willams; las prórrogas no se han observado... hacia ya nueve meses que se habia promulgado el Código... Era necesario que pasasen treinta y cinco años despues de la desaparicion de M. el Duque... y no han pasado mas que veinte!... Pero, cómo apelar contra este fallo! seria preciso probar desde luego que los que tienen estos derechos, existen...

M. Williams se levantó, y comenzó á pasearse apresuradamente á lo largo de la habitacion.

Al pasar por delante del retrato del Duque Juan, sus ojos se fijaron de nuevo sobre la pintura vivamente iluminada por el sol. Y quedóse de improviso con la boca abierta, como cuando se reconoce súbitamente un semblante que se ha buscado por mucho tiempo.

Volvióse despues con aire de mal humor, y continuó su paseo.

—Yo me vuelvo loco, murmuró; todavia, si yo me resolviese á acercarme á un abogado!... Pero en esta maldita ciudad hay lazos tendidos por todas partes!... Oh!... Me

acuerdo!... sí!... me acuerdo bien!!!

Al pronunciar estas últimas palabras, sintió M. Williams un estremecimiento nervioso, y contuvo su respiracion oprimida...

—Ese hombre es demasiado poderoso! continuó; me venderian á su poder, que alcanza á todo... En este pais se asesina... oh! ya lo sé!... Hay lazos tendidos portodas partes al hombre sencillo y confiado... Oh! yo recelo, yo... Yo quiero hacerlo todo por mí mismo...

Al hablar de este modo, M. Williams, manifestaba una emocion que contrastaba sobremanera con su calma habitual.

En el momento en que se acercaba de nuevo á su mesa de trabajos, oyóse un grito sordo y prolongado en la cámara vecina. Despues se sintió como el ruido estrepitoso de una lucha violenta, dominado siempre por gritos extraños.

Toby dió un salto, apretó el pestillo de la puerta, y se lanzó fuera de la habitacion.

Por la abertura de la puerta podia distinguirse á un hombre de talla casi gigantesca, medio desnudo, cuya piel rojiza hacia un notable contraste con los blancos girones de su camisa desgarrada...

Este hombre tenia asido por el cuello á John

Robertson, el otro criado de M. Williams, y trataba de ahogarle exalando al mismo tiempo salvajes gritos.

M. Williams traspuso el umbral, y dijo con voz imperiosa:

—Silencio, Oguah!... quieto!...

El hombre desnudo dejó al punto libre á Robertson. Incluyó la frente y quedóse en una actitud sumisa.

Era un anciano de facciones estiradas y deslucidas como las de un cadaver.

Todo habia vuelto á quedar en profundo silencio. Toby volvió, y cerró nuevamente la puerta.

M. Williams se sentó á su bufete arrojó á un lado el Código civil cuya encuadernacion se resentia ya del uso precedente que se hacia de él, y colocó delante todas las notas esparcidas al rededor, para poderlas abrazar de una sola ojeada.

—Tomad la Memoria, Toby, dijo M. Williams, y escribid.

Toby se instaló al punto delante de un pupitre, y abrió una especie de registro timbrado, escrito ya casi hasta la mitad.

M. Williams pensó un momento, y comenzó á dictar en inglés.

Toby, traduciendo al mismo tiempo, escribia en francés.

III.

Lo que pesa un adulterio.

La memoria de M. Williams estaba dirigida á M. el Presidente del Consejo Real de París.

Estaba concebida con la mayor precision y detenimiento. Era la obra de un hombre versado en los negocios.

Vamos á colocar ante los ojos del lector la parte de esta memoria, por donde tenia abier-

to Toby el manuscrito, tomándonos alguna vez la licencia de arreglar la relacion á nuestra manera.

La relacion no databa de ayer, como suele decirse.

Comenzaba en 1769; el Duque Raoul de Maillepré acababa de pasar entonces á mejor vida, lleno de años y de gota, como debia estarlo un gran señor que habia bebido, galanteado, cantado y dormido, en otro tiempo. de sobremesa, en compañía de M. el Regente.

De toda la posteridad de el Duque Raoul, solo quedaba un niño, hijo ya de su vejez, que heredó los dos ducados y todos los bienes inmensos de Maillepré.

Este hijo era un gentil caballerito, hermoso de cuerpo, valiente de corazon, y muy parecido á todos sus mayores, esceptuando sin embargo al Duque su padre, á quien no hubiera sido bueno que se asemejase de ningun modo.

En efecto, la regencia, esa era vergonzosa y profanada, cuyo panegírico ensayan de vez en cuando algunas plumas interesadas, habia afeminado á los varones mas valerosos, colocando la seda manchada de vino en pechos mas á propósito para vestir la acerada armadura.

Juan de Maillepré no habia conocido esa época, que convendria ciertamente borrar de nuestra historia. Solo habia visto entre los juegos de su infancia el fin del largo reinado de Luis XV, el rey de los polvos y de los lunarcitos artificiales, que en su juventud ganó grandes batallas, y que hizo en su vejez tan flojo como una copla de Vaudeville.

Contaba Juan de Maillepre poco mas de quince años, cuando se enlazó con Berta de Dreux, que iba á cumplir trece.

Vagas y confusas ideas de libertad germinaban entonces por el mundo. El filosofismo se apresuraba á desenvolver sus teorías en Francia, y preparaba con un afan ardiente los grandes acontecimientos de esa revolucion, que no nos toca juzgar á nosotros.

Nuestro joven Duque, esperando el dia en que se le concediese la posesion de su mujer, que inmediatamente despues de la ceremonia nupcial habia entrado en un convento, ocupaba noblemente la vida, acompañándose con sus iguales, y perfeccionándose en todas esas cosas que debe saber un caballero.

La moda habia cambiado mucho hacia cincuenta años. Casi nadie hacia ya la ronda por las calles, el duelo se iba haciendo muy poco frecuente, y si habia algun banquete ya solo se hablaba en él de filosofia.

Entonces, contemplad esto sin estremecerros! entonces, alrededor de una mesa desordenada una porcion de niños borrachos y de damiselas galantes discutian sobre la existencia de Dios, proscribian la virtud y se regaban mutuamente, no frases amorosas como debiera creerse, sino alusiones pedantescas y sublimes palabras filosóficas.

Entonces todas eran y perdónesemos el anacronismo, todas eran orgías de políticos, de literatos y de filósofos.

Políticos, literatos y filósofos mas elegantes y mas pulcros que los de ahora, y un poco menos fumadores.

Juan de Maillepré se vió fuertemente dominado por el espíritu de su época. Era joven, generoso y ardiente. Aquellas nuevas teorías, que no se presentaban bajo la forma de una enseñanza severa, y que sabian deslizarse dulcemente hasta en medio de los placeres y de los juegos, eran por esto mismo doblemente peligrosas para la juventud. Las mujeres por otra parte habian tomado desde luego á la filosofia bajo su encantadora proteccion. Hubiérais podido escuchar á los labios rosados de las marquesas, parafrasear el Contrato social, ó decorar de un modo verdaderamente adorable cinco párrafos seguidos de la Enciclopedia. Todos sabian de memoria

á d' Alembert, y se dormían cada noche haciendo esfuerzos desesperados por comprender á Helvecio.

Y habia entonces niñas de catorce años que ya eran ateas; y las mas moderadas y precavidas admitian, por un exceso de prudencia extraordinaria, la existencia de un Dios desconocido: el Ser Supremo.

Pero á parte de estas locuras que inspiraba, siguiendo la imágen sublime del poeta *la carcajada espantosa de Voltaire*, estaba tambien la atmósfera impregnada de un espíritu de análisis y de indignacion, que hacia brotar de vez en cuándo ideas tan luminosas como fecundas. El mundo aturdido y frívolo accia sin eleccion tanto lo bueno como lo malo. Nada sostenia el bien en contra del mal, en aquel segundo caos... La sociedad se transformaba por sí sola y como á la ventura, sin que una mano vigorosa y pura se encargara de dirijir su temible revolucion.

Muchos ingenios nacientes y valerosos se molaban ya entonces amargamente de la palabra libertad, bandera mágica pero estravagante y caprichosa, bajo cuyos anchos pliegues se han ocultado muchas tiranias; estandarte sagrado que abriga y resguarda con frecuencia á la ambicion cobarde y traidora.

Juan de Maillepré, dejando á un lado las

discusiones religiosas, y conservando integras ó poco menos las creencias de sus padres, lo que era todavía mas asombroso, se lanzó con todas sus fuerzas en la senda de los amantes de la libertad. Tal vez él mismo no sabia darse cuenta precisa de las ideas que encerraba aquella palabra; pero podemos asegurar que veia á través de ellas grandes cosas.

Y no se engañaba ciertamente... porque seria una negra perfidia acusar á la libertad de todas las vilezas y monstruosidades que han robado su nombre para espantar al mundo...

Juan de Maillepré fué del número de esos jóvenes nobles y generosos que con M. de Lafayette á la cabeza, anticiparon tanto el movimiento popular.

El manuscrito de M. Williams daba sobre este particular detalles demasiado minuciosos que nosotros nos abstenemos de reproducir, limitándonos únicamente á todo lo que tenga connexion con nuestro drama.

Al cabo de dos años, el mismo dia que entró en los quince, Berta de Dreux salió del convento, y se instaló con toda ceremonia en el domicilio conyugal. Despues de algunos dias de festin dedicados á celebrar aquel acontecimiento, el Duque se sintió perdidamente

enamorado de su muger, de quien no era muy querido ciertamente.

Juan de Maillepré poseia sin embargo todas las dotes necesarias para agradar á una muger, y M. Williams se admiraba mucho en su manuscrito de la inesplicable aversion que sentia Berta hácia él. El jóven marido padeció cruelmente al apereibirse del desvío de su muger. Quiso dudar de su desgracia por mucho tiempo. Su amor redobló todos los cuidados imaginables para vencer aquella indiferencia inconcebible.

Hubo un momento en que se creyó muy cerca de la felicidad: Berta iba á ser madre. Pero el nacimiento de un hijo no cambió en nada la posicion respectiva de los dos esposos. Aquel acontecimiento, tan influyente en el ánimo de todos, ningun resultado tuvo para ellos dos. Berta continuó indiferente y fria: no amó por eso al padre de su hijo.

El Duque Juan, herido vivamente, fué á refugiarse entre el tumulto ruidoso y ardiente de las teorías políticas, que la muerte de Luis XV y el advenimiento al trono de un rey entusiasta por las nuevas ideas, hacia aparecer aun mas atrevidas y descaradas.

Tal vez si hubiera sido mas feliz, el Duque Juan habria preferido los goces conyugales á los que podia encontrar en la empresa caba-

llesca que llevó en aquel tiempo á todos los jóvenes valerosos allende el mar. Pero el hastio devoraba su existencia. Su alma, que solo anhelaba emociones para derramar el exceso de su ardor, de su savia juvenil, rechazada por el amor, lanzóse enardecida tras de los peligros de la guerra, buscando con cierta ira furiosa aquel noble refugio contra sus pesares.

Exaltóse su cabeza y embriagóse su corazón entre los riesgos de aquella nueva vida. Castigar al ambicioso inglés; conquistar la libertad de un pueblo entero, era una empresa digna del hijo de los soldados de la Cruz...

El Duque Juan se embarcó para América en el mismo buque que su amigo M. de Lafayette.

Aquí contenia el manuscrito una especie de resúmen de la guerra de la independencia. Las hazañas mas notables llevadas á cabo por el Duque Juan estaban enumeradas de una manera tan concisa como comprensible. Washington le habia distinguido y condecorado: á pesar de ocupar en el ejército, en atención á su juventud, un puesto inferior al que tenia en Francia, aunque no menos importante sin embargo, el nombre del coronel Juan quedó glorioso en la memoria de todos sus compañeros de armas al lado del nombre de La-

fayette.

Juan de Maillepré, como todos los corazones lacerados, se arrojaba en medio de los peligros con ese valor temerario hasta el exceso, con esa audacia desesperada que no constituye, según dicen, la virtud más relevante de un gran capitán, pero que electriza á los soldados, porque produce siempre los resultados más prodigiosos. Allí donde el peligro era mayor, el Duque Juan se precipitaba el primero; corría sin duda alguna tras de la muerte, la buscaba con afán; pero la muerte huía de él.

Veíasele siempre, dejando á retaguardia á los más valerosos, arrojarle en medio de esas humaredas que ocultan siempre un peligro seguro: se le perdía de vista: acudían sus soldados y le encontraban sin una herida rodeado de cadáveres junto á un cañón conquistado ó un reducto abandonado por el enemigo....

Aquello no podía verificarse sin un milagro. Muchos creían al Duque Juan invulnerable....

Este no reparaba siquiera en el prestigio que le rodeaba por todas partes. Combatía arrastrado por un furor misterioso. Hería, vencía y se alejaba meditabundo y triste después de la victoria.....

Se hubiera dicho que su mente estaba perdida en un mar de vagas tinieblas. Era triste de ordinario hasta el extremo de helar el corazón de los que le rodeaban; pero á veces, de improviso, y sin causa conocida, reemplazaba su tristeza por los arranques de una loca alegría. Y entonces reía y cantaba....

No se le podía tratar de loco, siendo como era el mejor oficial del ejército.

Todos sus compañeros se perdían en conjeturas. Ninguno sabía el secreto de aquellas caprichosas inconsecuencias.

El secreto del Duque Juan era aquella herida profunda, incurable, que le había abierto en el corazón su amor desconocido y mal pagado. La ausencia había inflamado aquella pasión, lejos de extinguirla. El Duque amaba á Berta más que el primer día.

Nada había que alcanzase á distraerle de aquel amargo recuerdo. Veía á Berta con los ojos de su deseo: la imaginaba bondadosa, dulce, pura.... tan pura como bella.

Y solo se culpaba á sí mismo de su desgracia, porque no había sabido hacerse amar. Jamás le ocurría la idea de acusar á Berta, á quien respetaba como á una santa.

Acusarla!... Pero al mismo tiempo encontraba pena y consuelo en tan tristes memorias.

En medio de su profunda tristeza, si algun latido de esperanza agitaba su corazon, era solo cuando la imágen de Berta sonreía en su imaginacion y él murmuraba con un suspiro: Tal vez me amará algun dia....

Ya se sabe que en Francia todo está siempre bajo el dominio de la moda. Unos se contentan con seguir á esta dama caprichosa; otros la dejan atrás. De tiempo en tiempo llegaba al campo algun caballero deseoso de darse tambien por su parte el barniz de salvador de un pueblo.

Estos recién llegados eran recibidos, como puede creerse, con las mas espresivas muestras de alegría. Durante quince dias por lo menos hacian el oficio de gacetas. Todos los militares de la expedicion estaban deseosos de saber lo que se decia, lo que se hacia, lo que se pensaba en París, no solamente acerca de los asuntos políticos, sino tambien en todo lo tocante á los pequeños acontecimientos de las familias, á las crónicas de la murmuracion, á los escándalos de la vida privada.

En aquel tiempo no habia periódicos como ahora; no existian esos enormes paralelogramos que se llenan con un poco de verdad y un muchísimo de mentira, y en los que cada semana un prójimo, digno por cierto de mejor

fortuna, se ve en la horrible precision de decir á los suscritores en un folletin de cuatrocientas líneas: «Todo París está á los baños... Todo París ha vuelto de los baños... Madama la Marquesa de N... ha abandonado á su marido escapándose con un bailarín húngaro.... La polka ha nacido... La polka ha muerto....» con otro sin número de cataclismos de la misma importancia.

Durante el reinado de Luis XVI, eran todavía los peluqueros los que tenían únicamente su registro de sandeces y simplezas; y verdaderamente los peluqueros podían alegar al menos la disculpa de ser utilísimos á aquella sociedad con sus tenacillas.

Así, pues, los rumores escandalosos del mundo elegante estaban generalmente ineditos. No vacilaremos en asegurar que esta sola circunstancia les daba un interés picante de que ahora carecen.

En el mismo París parece que hay siempre un hambre canina de historietas nuevas. Juzgad lo que debia suceder en América!....

Llegó, pues, de Francia cierto dia un joven caballero con sendas ganas de combatir. La guerra estaba ya terminada ó poco menos. M. Lafayette iba á dar la vuelta á París.

Todos rodearon al joven caballero recién

venido. Se le pidieron noticias de todos los escándalos de la gran capital.... no deseaba él otra cosa.

No es esta clase de hombres, gracias á Dios, lo que mas escasea...

Puso de ropa de pascua á condesas y marquesas, con grande satisfaccion de su auditorio. Hizo el catálogo de todos los maridos desventurados, lo cual tuvo un éxito el mas lisonjero del mundo.

Entre todas sus historietas habia una muy corta: era la de la joven Duquesa de Maillepré que, por gracia especial, habia regalado al mundo un hermoso muchacho mosfetudo, dos años despues de la partida de M. el Duque, su marido.

El gentil-hombre que referia todo esto era Mr. el caballero de Ryonne. Jamás se le volvió á ver en Paris, porque un dia relató su cuento delante del Duque Juan, que le escondió su espada en el corazon.

Habia entonces en Boston un attorney llamado Williams Western, cuya familia, originaria del canton de Kent, tenia en Inglaterra el nombre de Lidderdale...

Estos Western de Lidderdale son, al decir de la memoria de M. Williams, una familia muy considerable cuyo gefe actual el Vizecon-

de Powis se sienta en la camara de los lores.

Ya se sabe que los americanos conservan con el mayor cuidado sus pruebas genealógicas, haciendo alarde de su nobleza. Esta es una pobre flaqueza si se atiende á su posicion de demócratas.

M. Williams Western era un hombre bastante jóven todavia, que gozaba de una honrada medianía y que era ya padre de familia.

El Duque Juan habia encontrado en su casa una hospitalidad discreta y comedida, mas dulce al desgraciado que sufre, que esa oficiosidad diligente cuyo ruido y confusion fatigan y rechazan.

A poco tiempo los dos amigos se hallaban ya estrechamente unidos. El Duque Juan era como de la casa. El hijo mayor de M. Williams Western, el joven Jaime, le amaba con el cariño que á su padre, tanta complacencia y ternura habia mostrado hácia su persona el noble francés.

Aquel vínculo de amistad debia estrecharse mas todavia en lo sucesivo...

Cuando la guerra de la independendencia quedó completamente terminada, cuando Washington, Adams y los otros caudillos de la insurreccion victoriosa hubieron constituido y regularizado el gobierno nacional, Lafayette volvió á Francia trayendo consigo á Franklin,

que debia ser el lion de Paris por espacio de algunos meses.

Juan de Maillepré no les siguió en este viage.

Qué hubiera podido hacerse él en Francia? Habia recibido noticias de su muger y de su hijo por vias estrañas. Berta no le habia escrito jamás una sola linea....

Y entre aquellas noticias que habian llegado á él asi como por casualidad, existia una que hablaba de crimen y de deshonor!...

Juan de Maillepré quedóse en la casa de M. Western. Estaba triste, sombrío y como absorto en su misma desesperacion. Ya no habia guerra, ya no habia peligros que distrajesen su dolor. Vivía solo consigo mismo, y en algunos momentos su razon parecia vacilar bajo el peso del sufrimiento.

Oh! amaba mucho á aquella muger, y la herida de su corazon era profunda y dolorosa!

La única persona á quien él recibia con gusto en su habitacion era el jóven Jaime Western. Jaime le recordaba sin cesar á su hijo Raoul á quien habia dejado en Francia. Los dos hablaban con frecuencia de aquel niño querido, porque Jaime tenia ya cerca de diez años, y comprendia y sentia...

Habia adivinado la amargura profunda de aquel pesar; habia adivinado tambien la de-

licadeza caballerosa de aquel culto cuya fe tierna y pura no se habia debilitado por ningun acontecimiento...

Porque M. el Duque de Maillepré creia aun, á pesar de todo, en la virtud de Berta. A su modo de ver, habia dado muerte á un infame calumniador.

Era en 1790. La América habia escuchado ya los ecos de la revolucion francesa. En todo Boston nadie acaso mas que Juan de Maillepré pudo ignorar los grandes sucesos que habian tenido lugar al otro lado de los mares... Un dia recibió una carta fechada en Francia.

Su alegria rayó en delirio. Al verle, todos derramaron lágrimas.

Besó aquella carta con los mas vivos transportes de reconocimiento y de júbilo. Aquella carta era de su muger, que le anunciaba su arribo y el de su hijo.

Su alma resucitó, si asi puede decirse. El dia anterior estaba insensible á todo: desde desde aquel momento todo le conmovia y regocijaba...

Quería que todos tomasen parte en su felicidad. Iba de aqui para allá anunciando á cuantos conocia sus dulces esperanzas. El porvenir sonreia delante de sus ojos: por la primera vez veia su vida despojada del som-

brio velo de amargura que la habia enlutado tanto tiempo.

Madama Western habia dado á luz una niña pocos dias antes. El Duque Juan fué á sentarse al lado de su cuna, y contempló con emocion aquel ángel dormido. Despues la tomó entre sus brazos. Y al mirarla cariñosamente, reía y lloraba.

—Tú serás su esposa, Luisa, dijo tiernamente; tú serás la esposa de mi hijo Raul... Yo os saludo, Marquesita de Maillepré!...

Pasarónse algunos meses, bien dichosos por cierto. La espectacion solo es dura para aquellos cuya vida se resvala tranquila, y para quienes se convierte en sufrimiento. Pero cuán dulce es siempre para el desventurado que nada esperaba ya!...

Para este, la inquietud es un bien. Su alma embotada goza al apercibirse de que siente de nuevo, de que teme y espera.

El Duque Juan era muy joven todavía. El porvenir podia abrirse aun muy brillante á sus ojos.

Y qué dulces proyectos formaba para el porvenir!... Cuántos castillos edificó en el aire durante aquellos dias de espectacion!...

Madama la Duquesa arribó en fin. Era una muger hermosísima, de aire frio y altanero.

Dió á besar su mano al Duque Juan, y despues le dijo:

—Caballero, los hombres que han brotado de la nada, son al presente los absolutos señores de la Francia. El rey Luis XIV es un villano coronado, alrededor del cual se agrupan algunos pobres de espíritu, como vos y vuestro marqués de Lafayette... Coblenz no está bastante lejos de París; yo he pasado los mares por no escuchar en torno de mis oídos los nombres de esos patanes que quieren convertirse en grandes señores...

—Bendita sea esta revolucion, supuesto que ella es quien nos reúne!... quiso responder el Duque.

Berta fijó sobre él una mirada de asombro graciosa.

Despues, sin añadir una palabra mas, dirigióse lentamente á su habitacion.

Era esta un pequeño templo que el Duque Juan se habia gozado en preparar con un cuidado propio de su tierno y profundo amor. M. y Madama Western, que le profesaban un cariño sincero, le habian ayudado en aquella tarea; y se hubiera podido recorrer todo Boston sin encontrar nada comparable á aquella reunion refinada de graciosa magnificencia.

Berta no mostró apercibirse de nada.

El Duque pasó todo aquel dia ocupado en

mirar, en besar, en adornar á su hijo Raoul.

Pero habia una cosa que disipaba su felicidad: el semblante duro y enemigo de la Duquesa le seguia por todas partes.

El no se atrevia casi á esperar ya mas.

Al dia siguiente, Berta le hizo llamar á su habitacion.

Estaba vestida de negro, y tenia en la mano una caja de oro, en cuya tapa aparecian esmaltadas las armas de Maillepré.

El Duque quiso hablar: ella le impuso silencio con un gesto imperioso y frio, y permaneció largo espacio inmóvil y erguida en su sillón, delante de su marido que se mantenia de pié.

Al cabo de algunos minutos, abrió su caja de oro y tomó unos granos de tabaco de España, que aspiró lentamente, dejando su caja abierta con cierta especie de afectacion.

En el interior de la tapa habia una miniatura. El Duque no pudo distinguir las facciones de aquel retrato.

Berta le miraba de frente: en sus ojos se reflejaba la dureza y la maldad.

Pero estaba admirablemente hermosa.

—Caballero, dijo al fin en voz baja y tono breve, es cierto que habeis dado muerte en un duelo á M. el caballero de Ryonne?

—Os calumniaba, señora, respondió el Du-

que; yo no hice mas que cumplir con mi deber...

—Vos le habeis dado muerte! repitió Berta, cuyos párpados se estremecieron visiblemente.

Apoyó su cabeza entre las manos: su rostro estaba pálido como el de una estatua.

Despues levantóse de improviso con un movimiento brusco y colérico...

Y colocó la caja de oro abierta junto á los ojos de su marido que lanzó un grito penetrante, poniéndose tambien pálido á su vez.

La miniatura que habia en el interior de la tapa era el retrato de M. el caballero Ryonne.

—No he venido por vos, caballero!... no he venido por vos!... repuso ella con el cinismo espantoso de una muger sin corazon; he venido por él!... solo por él!... Os prohibo volver á presentaros delante de mis ojos!...

La memoria de M. Williams echaba aqui una ojeada atrás para tratar detenidamente un hecho capital.

Madama la Duquesa de Maillepré habia sido la dama de M. el caballero Ryonne, que la habia amado un dia, cansándose despues de ella.

Madama la Duquesa habia sentido hácia el caballero Ryonne alguna cosa parecida, aun-

que de lejos, al amor: un capricho, una de esas pasiones incomprensibles, cuyo origen no está ni en los sentidos ni en el corazón.

Las pasiones que una mujer ociosa y fría sueña para matar el hastío, se extinguen, como nadie ignora, al cabo de pocos días.

Esto sucede cuando ella corta por medio y se fastidia la primera.

Pero si el amante por casualidad se cansa el primero, entonces estas pasiones resisten y se inflaman obstinadamente. Entonces se convierten en un ardiente despecho; esta es la pertinacia del amor propio humillado y embravecido; es en fin cosa enteramente diversa de la ternura... pero existe acaso en la mujer algún sentimiento que no sepa revestirse de todas las formas del amor?...

Madama la Duquesa habia encontrado en sus hermosos ojos, vírgenes hasta entonces para el llanto, lágrimas copiosas que consagrar á la inconstancia del caballero Ryonne...

Y como este huía y se alejaba de ella, ella se precipitó siguiéndole en su fuga.

Del mismo modo que ella hubiera huido, probablemente de él el día menos pensado, si M. el caballero Ryonne hubiese dado en la manía de representar el papel de amante leal.

El caballero aprovechó aquella ocasión para hacerse hombre de moda. Cruzó los mares para librarse de su Ariadna. Esto era magnífico y encantador indudablemente.

Pero el caballero Ryonne no volvió.

Madama la Duquesa fué madre.

Puede una muger hacer alarde de su cinismo en presencia de un esposo, convertido en esclavo, y temer sin embargo la opinion del mundo. Berta no se atrevió á conservar en su casa el fruto infame de su adulterio. Hé aqui la suerte que cupo á aquel niño.

Habia en Paris un pobre caballero, deudo lejano de Maillepré, que se llamaba M. de Compans. Este M. de Compans y su muger, que casi tocaban ya en la ancianidad, no habian tenido sucesion. Berta entabló con ellos cierto contrato que aseguraba á su hijo una familia.

El adulterio lleva casi siempre en sí mismo su maldicion y su pena. Es un crimen cuyo castigo comienza desde el principio del mundo, y cuando se trata de sus funestos resultados, la imaginacion mas ardiente y atrevida no puede pasar mas allá de la triste realidad.

Aquel niño, escondido en el fondo de una morada oscura, debia crecer y hacerse hombre para convertirse algun dia en dueño de

todo lo que llevaba el nombre de Maillepré.

Aquel niño estaba destinado á hundir bajo su peso á toda una familia noble y poderosa.

Nosotros le conocemos ya. Se llamó mas tarde M. el Duque de Compans-Maillepré...



Corazon de nieve.

Continuaremos examinando la memoria de M. Williams.

El Duque Juan estaba herido en el fondo del corazon. La impudente confesion de madama de Maillepré le habia destrozado enteramente. En algunos dias envejeció veinte años.

Era una naturaleza valerosa hasta el estremo, pero vulnerable tambien, escesivamente vulnerable en lo tocante á su amor, á ese amor en que habia fundado todas sus esperanzas de felicidad. Al hallarse frente á frente con

aquella muger que era su Dios, las fuerzas le abandonaban completamente.

Williams Western y su familia observaban en él un cambio funesto. Encerróse enteramente en su habitacion y su boca enmudeció del todo.

Solo los niños Jaime y Raul de Maillepré entraban allí.

Y Jaime Western recuerda que el Duque Juan, absorto con frecuencia en sus meditaciones, humedecia con sus lágrimas un retrato.

Era el retrato de Berta.

Esta, llevando su fria audacia hasta el último extremo, se habia vestido de luto riguroso desde el dia en que su marido la habia confirmado la noticia de la muerte de M. el caballero Ryonne.

Aquella muger habia traído la tristeza y la desolacion á la casa de Western. No salia jamás de su habitacion, pero todos sentian la influencia de su altivez helada...

Pasáronse muchos años. Raoul crecía. Era un noble niño que hubiera hecho el consuelo de su padre, si su padre hubiese podido consolarse.

El Duque Juan no tenia relaciones de ningún género con Francia. Su muger recibia de tiempo en tiempo algunas cartas de París.

Las quemaba inmediatamente despues de leidas.

Como á principios del año 1794, el Duque Juan rogó á Williams Western que solicitase para él una entrevista con madama la Duquesa.

Hacia algun tiempo que el Duque se mostraba mas inquieto que de ordinario. Una violenta fiebre habia reemplazado á la apatía fatigada de su desesperacion. Hablaba mucho y sus palabras, confusas é incoherentes, anunciaban al parecer una perturbacion mental.

Williams Western demandó á Berta la entrevista. Berta rehusó.

Era entonces una muger de treinta y cinco años.

Los que la habian visto á su llegada á América, hubieran podido reconocerla con dificultad á pesar de los pocos años transcurridos desde aquella época. Se hubiera dicho que la mano de Dios pesaba sobre ella. Sus facciones no habian cambiado, pero se echaba de ver en su semblante cierto aire de inmovilidad taciturna y fria. Aquella hermosura, que conservaba siempre su esquisita perfeccion, causaba espanto y helaba el corazon. Berta parecia la sombra de sí misma.

La familia Western tenia las raras oca-

siones en que por el bien parecer se hallaba obligada á verla. Western que comenzaba ya á ser un hombre se estremecía solo á su aspecto. La niña Luisa siempre que la miraba se ponía pálida de miedo.

Nadie habia penetrado su secreto; pero habia una nube de misterioso terror en torno de aquel espectrofrio, en cuyo pecho no se encerraba un corazon.

Dícese que en las diáfanas tinieblas de las noches polares, cuando la aurora boreal emblanquece el cielo, el viagero estraviado ve desaparecer entre la parda alborada grandes fantasmas mudas, que ajitan al viento sus ropages desprendidos. Y las mira deslizarse sobre la nieve que cubre el suelo como una alfombra deslumbrante, ajitando lentamente los flojos pliegues de sus velos blancos y deslucidos como sudarios. Y pasan ligeras por delante de sus ojos.

El viagero siente entonces como muerto su corazon. Sus pies se vuelven pesados como plomo, y un sudor frio hace estremecer sus sienes que zumban sordamente.

Y al fin vacila y cae sobre el camino helado. Cierra los ojos sin tener tiempo para murmurar una plegaria, y duerme su último sueño...

Al dia siguiente se encuentra en medio del

sendero un cadáver endurecido.

Solo la presencia fantástica de aquellas sombras, hijas de la muerte, ha asesinado al pobre viagero.

Un poeta del norte hubiera comparado á la Duquesa con estos demonios de la mitologia septentrional.

Solo al verla, el pulso latia con menos fuerza, y el alma se oprimia como ahogada de terror.

Pero el Duque Juan le amaba. Su adoracion hácia ella no tenia fin ni tregua. La veia siempre á través de la mágia seductora de sus recuerdos de Francia.

Cuando VWilliams VWestern le comunicó la respuesta negativa de la Duquesa, M. de Maillepré derramó lágrimas. Aquel corazon enérgico y valeroso se hallaba domado, vencido, subyugado enteramente por el amor... Ya no tenia ni arrogancia ni valor.

El Duque Juan lloró como un niño. Despues salió de su habitacion y fué á llamar á la puerta de su muger, á quien no se habia atrevido á acercar hacia ya muchos años.

Largo tiempo tardaron en abrirle. El Duque se hincó de rodillas por fuera del umbral.

Aquella fué una escena desgarradora y vergonzosa, cuyo recuerdo entristece todavía

profundamente al hombre que fué testigo de ella.

Jaime Western habia abierto la puerta de su habitacion al sentir los sollozos del Duque Juan de Maillepré. Su habitacion estaba situada en el mismo corredor que la de Berta. Pudo verlo y oirlo todo.

Al cabo de algunos minutos la Duquesa abrió por sí misma la puerta y quedóse de pie en el umbral, inmóvil y erguida.

—Señora!... señora!... murmuró el Duque Juan con voz entrecortada; tened piedad de mí!

La Duquesa le dirigió una mirada de amargo desprecio.

M. de Maillepré se atrevió todavía á levantar los ojos hasta ella

—Tened piedad de mí! replicó; sufro mucho!... sufro horriblemente!... Berta! oh! yo os lo juro, he maldecido mi mano y mi espada!... Yo me arrepiento de haberle muerto, porque vos le amábais...

Estas palabras debian despedazar su alma, debian abrasar sus labios al salir...

Berta mostró una sonrisa cruel.

—Yo no lo sabia! repuso aun M. de Maillepré; yo esperaba... Oh! que no me diese él á mí la muerte, señora, para que vos hubiérais sido feliz!...

Jaime Western escuchaba todo esto, y tenía la frente enrojecida.

Porque el espectáculo del varón fuerte subyugado por la pasión, azotado por el látigo del amor, indigna y produce vergüenza..

Pero aquella muger, aquella muger!... Oh! Jaime Western contempló largo espacio, como si soñara, la línea impasible de sus cejas, el fruncimiento amargo de sus labios descoloridos, y su mirada, aquella mirada implacable que pesaba sobre el Duque Juan como una sentencia de muerte!...

Este continuó en sus lastimosas súplicas.

—Berta, oh! Berta! decia el infeliz; si vos pudiérais ver cómo pasan mis noches entre copiosas lágrimas, tendríais compasión de mí... Tiempo hace ya... mucho tiempo que dura mi castigo, señora... Vedme de rodillas; vedme suplicándoos..... tened piedad!...

Oyóse entonces un ruido seco y rechinante: era que madama de Maillepré se reía por la primera y por la última vez en la casa de Williams Western.

El Duque exaló un gemido y cubrióse el rostro con las manos.

Berta habia cesado de reir. Volvió la espalda para alejarse...

Entonces Juan de Maillepré, haciendo un último esfuerzo, se arrastró de rodillas estendiendo hácia ella sus manos suplicantes. Tocó el vestido de seda de Berta...

Esta se separó; miróle, y le rechazó con el pié.

Despues se cerró la puerta, dejando al umbral á Juan de Maillepré que se moria de angustia.

Jaime VWestern era muy joven. Pero aquel dia penetró hasta dónde puede Dios hacer llegar el sufrimiento de un hombre.

A la noche siguiente resonaron gritos y quejas en la habitacion del Duque Juan. Quisieron entrar para socorrerle, pero la puerta estaba cerrada por dentro.

Por la mañana la habitacion estaba desocupada

Solo se encontró sobre la mesa un billete que contenia estas palabras:

«Williams Western, amigo mio, os dejo á mi muger, y á mi hijo. Respetad á mi muger, sed el padre de mi hijo.»

El Duque se habia llevado consigo sus armas.

Cuando Raul de Maillepré tuvo la edad de un hombre, amó con toda su alma á la hija de Williams Western.

La Duquesa, su madre, vivia cada vez mas retirada, entregándose con una especie de regularidad maquina! á las prácticas de la religion católica.

A todas horas hojeaba libros de devocion. Pero escucha Dios acaso las oraciones de aquellos que no se arrepienten jamás?

Un corazon nutrido de ódios, ¿tiene acaso derecho de dirigirse al cielo?

La Duquesa veia á su hijo muy raras veces. Siempre le recibia con una indiferencia helada. No le amaba.

Raul, por el contrario, le prodigaba las muestras mas espresivas de un respeto idólatra. Parecia como si hubiese heredado la ciega ternura de su padre. Nada la rehusaba. Bien que siguiendo la antigua ley francesa, que era su regla, aunque él fuese la cabeza de la familia, la debia siempre una sumision sin limites.

Pidió el consentimiento de la Duquesa para ofrecer su mano á Luisa VWestern. La Duquesa se limitó á responder:

—Señor Marqués, no está en uso que los hombres como Maillepré den su nombre á la hija de un cualquiera... Pero si es ese vuestro deseo, cumplidle; á mi me importa poco.

Raul quiso decirle que VWestern era no-

ble, y que sus primos estaban incriptos en la pairia de Inglaterra.

La Duquesa le despidió de su presencia con un gesto displicente...

VWilliams VWestern habia cumplido escrupulosamente el último encargo de su infeliz amigo. Habia colmado de respetos á madama la Duquesa. Habia servido de padre á Raul.

VWilliams VWestern puso la mano de Raul sobre la mano de su hija que le amaba tiernamente.

Luisa era bella y bondadosa. Era una de esas nobles doncellas de la Union, en las que el elemento aristocrático de la antigua Inglaterra aparece como refrescado por una naturaleza enteramente nueva, y por ese vigor peculiar de los pueblos que se hallan en su infancia.

Raul deseaba con ánsia gozar la felicidad que le proporcionaba la posesion de aquella niña virtuosa. Pero antes de ocuparse de su muger, tenia que cumplir un deber sagrado.

Habian pasado ya siete años desde la desaparicion del Duque.

Habia muerto tal vez?

Solo se habian podido recoger algunas noticias vagas y contradictorias, cuya discordan-

cia aumentaba las dudas, lejos de dar la menor luz acerca de su paradero.

Raul partió. Jaime VWestern en aquel tiempo se hallaba postrado por una cruel enfermedad.

Sin esta circunstancia, Jaime VWestern hubiese acompañado á Raul, porque siempre conservaba del Duque Juan un religioso recuerdo.

Raul estuvo seis meses ausente. A su vuelta, la familia VWestern perdió todas sus esperanzas de encontrar al Duque Juan. Madama la Duquesa habia recibido el anuncio de la partida de su hijo sin manifestar la menor emocion: con la misma frialdad acojió su vuelta.

Entretanto, su hijo habia visitado las naciones del Norte y del Oeste. Habia visto los grandes lagos y atravesado esas estensas praderías, de las cuales no se vuelve con mucha frecuencia. Pero madama la Duquesa no amaba á su hijo.

Únicamente mostró una vaga sonrisa, al apercibirse de que volvía solo.

Después del matrimonio, la Duquesa dijo á Luisa VWestern:

—Mi señora nuera; de nada que érais habeis llegado á veros tan alta como la muger que mas, después de la Reina. Elevad la

cabeza, hija mia, y sabed conduciros con la noble arrogancia que cumple á una Maillepré.....

Raul, Marqués de Maillepré, tuvo de Luisa VWestern cuatro hijos: Berta, Gaston, Carlota y Santa...

Aunque la salida de Francia del gefe de la familia fué motivada por un hecho que le excluía naturalmente de la lista de los emigrados, el nombre de Maillepré fué no obstante colocado en esta lista. En aquella época no se paraba nadie en semejantes menudencias, y cierto que seria preciso tener un espíritu muy pobre para reprochar por tan insignificante circunstancia á aquellos laboriosos ciudadanos que tenian tantas cabezas que cortar...

El Duque Juan habia partido de Francia por sostener la causa de la libertad; pero era Duque. Y, por otra parte, ¿qué tenia de comun la libertad con esos hombres de brazo sangriento y remangado que afilaban la guillotina?

Lo cierto es que el Duque Juan, tan generoso y liberal como era, hubiera retrocedido con horror ante el asesinato de Luis XVI.

Raul de Maillepré tenia otras ideas muy diferentes de las de su padre. Era opuesto, no solamente á los hombres de la revolucion, si-

no tambien á sus principios.

Acogió por lo tanto, con júbilo la noticia de los sucesos de 1815. A no haber sido por el embarazo de su muger que iba á dar á luz á Santa, la mas joven de sus hijas, Raoul hubiera partido en aquella época para Francia...

Su viage, sin embargo, solo se retardó por algun tiempo. Hacia fines de 1819 los Maillepré abandonaron la América. El Marqués Raul traía consigo todos sus papeles de familia, parte de los cuales habian estado en poder del Duque, y parte en la cartera de la Duquesa. Raoul de Maillepré dejó solamente en Boston la copia de los documentos que le habian sido necesarios para contraer matrimonio, y que determinaban su estado civil...

Raoul de Maillepré traía ademas consigo el dote de su muger, que componia una suma de dinero muy considerable, porque la casa de VViliams VWestern habia prosperado.

Luisa abrazó llorando á su anciano padre, á su madre, y á Jaime su hermano. El destierro de los Maillepré terminaba en donde daba principio el destierro de la pobre Luisa...

Durante un año ó algo mas, los VWestern no recibieron ninguna noticia de los viajeros.

Su inquietud fué grande, porque hacia ya largo tiempo que las dos familias no componian mas que una sola, y á pesar de la influencia repulsiva de madama la Duquesa, los hijos de Maillepré formaban las delicias de toda la casa de VWestern.

Jaime, sobre todo, estuvo muy triste.

Jaime causó despues á los Maillepré un mal, acaso irreparable. Su natural distraido y fácil de seducir, le estravió una vez hasta el fondo de un precipicio...

Pero podia decirse tambien que una gran parte de su vida habia sido consagrada á los Maillepré...

Como seis meses despues de la partida del Marqués Raoul, algunos azadoneros del Oeste esparcieron vagas indicaciones que podian ser relativas al Duque Juan. Se hablaba de un blanco de alta estatura que habia vivido solo por espacio de muchos años en las riberas de Mohawk, el cual estaba loco.

Aquel hombre, despues de vagar errante por aquellos contornos comenzados á desmontar, vivia hacia ya largo tiempo con los Cheros.

Jaime VWestern no vacilaba jamás al tratarse de una valerosa resolucion. Era entonces un hombre en la fuerza de sus años, valiente y capaz de soportar las mayores fati-

gas. Desgraciadamente su carácter lento y curioso le distraía con frecuencia del objeto principal que se proponía.

Tomó, pues, una carabina y montó á caballo.

Muy pronto encontró, al dirigir su curso hácia el Nord-oeste, las primeras huellas del Duque Juan, que habia tenido realmente la vida de un salvaje en las estensas riberas de Mohawk.

Allí se acordaban todavía de él: le llamaban el loco.

Desde aquellos lugares, habia pasado por el territorio de las cinco naciones iroquisas para detenerse despues en las orillas del lago Erié.

Vivia de la caza. No se acercaba jamás á ningun hombre.

Jaime VWestern, á fuerza de investigar y de informarse, supo tambien que se habia vuelto hácia el Norte, despues de permanecer algun tiempo en las cercanias del Lago.

VWestern siguió estas nuevas huellas. Los Hurones habian visto al hombre de rostro blanco, visitado por el Grande Espiritu (el loco). Este no habia hecho mas que pasar por medio de ellos, dirigiéndose hácia el Ohio.

VWestern hizo volver á su caballo en direccion hácia el Ohio; atravesó las montañas,

y arribó por los confines de la Georgia al territorio de los Cherokos.

Allí encontró algunos ancianos sentados sobre las cenizas de una gran poblacion incendiada.

Estos ancianos le dijeron que los colonos de la Georgia y de Tenessée habian vencido á su pueblo, y que ellos se habian quedado allí solos á morir sobre los huesos de sus padres.

Dijéronle tambien que los jóvenes guerteros de la tribu habian huido con algunos gefes, llevando consigo las mugeres y los niños, en busca de otra nueva patria en el Norte.

Y cuando VWestern les interrogó acerca del Duque Juan, tardaron mucho tiempo en comprenderle; pero al fin uno de los ancianos dijo:

—Oguah es un gran jefe.

Y los otros repitieron moviendo sus cabezas rasas, sobre las que se elevaba un mechón de cabellos blancos:

—Oguah es un gran gefe!

VWestern se apeó del caballo, y fue á sentarse en medio de ellos.

El primero de entre aquellos ancianos repuso:

—Yo soy Outareh, hijo de Uncas... Mi sobrenombre es el Hacha-Cortante... Los que dicen que Oguah es hijo de un blanco, són

unos embusteros.

—Yo soy Amiz, hijo de Doon, dijo otro anciano; mi sobrenombre es el Buitre... Oguah es un Sagamoro!... Su cabeza da vueltas al soplo del Grande Espiritu... La sangre de Oguah es roja.

Los demas ancianos hablaron tambien. VWestern comprendió, á través del énfasis misterioso de su lenguaje, que el Duque Juan, bajo el nombre de Oguah, era el gefe de la tribu emigrada.

Volvió á montar en su caballo. Los ancianos se quedaron acurrucados sobre las cenizas de su ciudad, aguardando la muerte junto á los huesos de sus padres...

La pista de una tribu salvaje no es por cierto muy fácil de seguir. El espiritu de astucia, que es la principal preocupacion del hombre en el estado natural, multiplica las precauciones á su paso. Estas precauciones se reducen á marchas simuladas, rodeos, huellas confundidas, etc. El ciervo mismo no puede compararse con una piel-roja, que podria dar lecciones á la raposa.

Sin embargo, esto no impide, que muchos honrados filósofos pasen su vida confeccionando soporíferas elegias sobre la franqueza y otras virtudes de los salvajes. Aquellos excelentes ciudadanos, que siempre tienen

las lágrimas en los ojos, rehusarian un sueldo al pobre desfallecido por el hambre; pero en cambio se enternecerian á vista de los canibales. Deles su amparo San Juan Jacobo!

Western no era un hombre propósito para empresas de aquella especie. Educado entre los negocios, y rodeado desde la infancia por una atmósfera de proyectos industriales, vióse desde luego detenido en su marcha por el espectáculo de la civilizacion atrafagada, en pugna con la inercia obstinada de la naturaleza. Aquellos desmontes gigantescos del Oeste; aquella lucha extraordinaria del atrevido colono contra la poderosa resistencia de un suelo virgen, todo esto le suspendia y le hacia volver sus ojos á otro lado, distrayéndole completamente de su objeto principal.

Todas aquellas cosas eran para él como el hueso que una mano imprudente arrojára á lo largo del camino á un sabueso vagabundo...

Mas tarde, y en una circunstancia mas grave todavia, debia pararse aun en su marcha, retrasarse algunas horas para abrigar despues un eterno remordimiento.

Caminó largo tiempo en direccion al Oeste, y atravesó el Mississipi en la estacion de las

lluvias. La inmensa pradería se prolongaba delante de sus ojos. Su viaje se encaminaba al Norte; porque era probable que los Cherokees hubiesen buscado un refugio á la parte de los grandes lagos que confinan con las Canarias. VWestern seguía en su empresa, sin desanimarse por ningún obstáculo. Estraviábase algunas veces, y tenía otras que defender su vida contra los caballeros Sioux ó Pawnees; sin dejar de encontrar también de cuando en cuando alguna tribu hospitalaria que le conducía al camino, al encontrarse estraviado.

Una noche se internó en una pradería abrasada, vasta llanura destruida por el incendio, y cuyas cenizas elevaba en densos turbiones en el viento que soplabá con violencia. En el centro de aquella pradería, veíanse esparcidos en desórden, y como á la ventura, algunos objetos blancos, á los cuales solo prestaba formas indecisas y vagas la luna oscurecida.

Jaime VWestern aproximóse á aquel lugar.

Era un campo de batalla en el que yacían mezcladas y confundidas muchas osamentas de hombres y caballos.

Un anciano, uno de esos extraños personajes, cuyas fisonomías medio salvajes medio

civilizadas tienen tanto gusto en trazar el pincel de Cooper, cocia tranquilamente su cena en un hoyo.

VWestern se sentó á su lado, y le dirigió algunas preguntas.

—Estas osamentas, le respondió el anciano, son de los Cherokos... Los Pawnies les atacaron á su paso hará un mes... y el fuego ha emblanquecido sus restos, como si hubieran pasado dos siglos despues de su muerte.

—Yacen todos aquí? preguntó VWestern.

—Todos yacerian si no hubiera sido por su Sagamoró... un guerrero llamado Oguah que les ha abierto paso con su hacha..... Yo los he visto.... Ahora se hallan al otro lado del rio...

VWestern pasó de nuevo el Mississipi.

Cuando llegó á las orillas del lago Superior, se hallaba ya sin fuerzas para pasar mas adelante.

Aquel era el término de su viaje. Allí encontró los últimos restos del pueblo de los Cherokos.

Habia como hasta cien hombres y algunas mugeres que reposaban sobre la dura tierra.

Los hombres tenian la cabeza entre las rodillas.

Las mugeres estaban cantando la pérdida.

de Oguah, el Sagamoro, que acababa de serles robado por los Chippeways, dueños entonces del país.

Los Chippeways venden sus cautivos á los ingleses del Canadá por algunos frascos de espíritu de vino.

Oguah bajaba ya sin duda en aquel momento hacia Quebée...

Western habia llegado tarde... algunos días de anticipacion le hubieran bastado para llegar á tiempo. Hirióse el pecho repetidas veces, recordando que habia perdido algunos días en el camino.

Su viaje habia sido de larga duracion. Mas de medio año habia trascurrido desde su salida de Boston.

Durante su ausencia, se habian recibido allí de Europa funestas noticias.

El navio que conducia á los Maillepré, habia naufragado en las costas de Inglaterra.

Raoul habia podido salvar á su familia, pero se hallaba en tierra estraña desprovisto de recursos y sin sus papeles.

Solo le quedaba una esperanza: la de poder entrar en Francia, y recobrar los bienes de Maillepré.

El manuscrito de M. Williams, que nosotros hemos traducido á nuestra manera, pero

que era realmente una memoria concisa, nutrida de sucesos y concebida en forma de demanda terminaba aquí.

M. VWilliams continuaba dictando á Toby. En su relacion se agrupaban los acontecimientos, referidos con estremada lucidez. M. VWilliams daba muestras de conocer hasta los menores detalles de aquella parte de la historia de Maillepré.



Despues del Casamiento.

Vivimos en un siglo entusiasta por las artes. Todos los cartelones que tapizan nuestras esquinas son otros tantos cuadros al fresco, en los que un sin número de genios oscuros, abatidos por su misma abundancia, despliegan á menos precio los ricos colores de sus pinceles. Dirigid vuestras investigaciones por cualquiera parte. En todas os hallareis cara á cara con un ciudadano vestido de negro, que es el diablo, el cual con la canasta del trapeero sobre la espalda, asesta su largo y satánico antejo á París, á ese París tal vez demasia-

do cruel con su pobre libro. O dareis á des-
hora con una muger feísima, la Francia, ves-
tida con una piel de carnero, y tirando de la
oreja á un sér escuálido y enfermizo que per-
sonifica el pueblo de París; ó vereis un poco
mas adelante á un chino monstruoso fumando
un gigantesco cigarro en la ciudad de París.

París, París, París!....

Niño grandulon que gusta de ser manosea-
do sin cesar, que se rie y que paga, siempre
que se le arroja á la faz una lisonja ó un insulto.....

Mirad! sobre esas columnas de los Boule-
vares, que no han sido ciertamente inventa-
das por el pudor inglés, podeis contemplar á
todas horas al presidario con su asqueroso
trage, y la repugnante catadura del asesino
de la Fuerza.....

Tambien podeis admirar á todas horas los
anuncios de un vaudeville ilustrado, cuyo
autor, académico fecundo, haria todavia pie-
zas de mas relevante mérito si no ocupára to-
do su tiempo en confeccionar articulillos suel-
tos en su propio elogio...

Y los pintores se quejan amargamente, por
mas que tengan sin embargo harto que hacer
con cubrir los agujeros de Versailles!...

Hemos hablado asi acerca de artes, porque,
al dirigirnos á la morada del Leon Duchesnel,

adonde nos conduce el hilo de nuestra historia, nos hemos encontrado, en el arrabal de Saint-Honoré, con una casa cuyo propietario habia hecho pintar un jardin en las paredes del patio.

Este jardin es magnifico, encantador.... no se puede pedir otra cosa. Hay en él altas palmeras entre cuyo hellísimo follage brillan las plumas variadas de los pajaritos de los trópicos. Y es una delicia ver en aquel verjel incomparable un racimo de cocos, al mismo tiempo que los gestos de un mico suspendido por la cola de las ramas del árbol que produce aquellos frutos.

En el primer término se ven rosas tan esponjadas y turgentes como repollos, y tan encarnadas como el brazo de un cortador; un pavo real, un gallo, muchos papagallos, melones, peras y un estanque llenito de agua en donde boga un ganso.

En un extremo de este jardin, aparece en lontananza un largo paseo de seis encinas perfectamente alineadas para formar la ilusion óptica. Por un extremo de este paseo, cruza justamente un corzo seguido de un sin número de perros. Naturalmente hay tambien allí un cazador que apunta... Porque sin esta circunstancia, para qué sirve el ciervo en aquel lugar?...

Todo esto es delicioso.... muy delicioso!... Con un patio semejante, puede reirse el propietario de esas pobres gentes que dan en la ridiculez de poseer una quinta.

Leon Duchesnel, despues de su brusco matrimonio, cuyas circunstancias hemos referido en uno de los capitulos precedentes, habia trasladado sus penates al otro lado del Sena, detrás de los Campos Eliseos, y á esa calle silenciosa y pacífica llamada de Montaigne, en la que el autor de los Ensayos querria seguramente habitar en nuestros dias.

Tenia Duchesnel una casa de hermosa apariencia, cuyas traseras daban á esos vastos jardines que van á reunirse con el Coliseo.

Su habitacion, situada en el segundo piso, estaba adornada con gusto; pero brillaban en ella ciertas pretensiones de lujo que no estaban por cierto muy justificadas. A través de aquellos dorados y de aquellos cortinages de seda, se entrevia un si es no es de sujecion y de estrechez.....

Duchesnel conservaba siempre su carruaje y dos caballos magnificos ó poco menos. El número de sus deudas habia crecido considerablemente.

En el gran mundo, en donde apenas se encuentran precipicios ni cataratas, abun-

dan mucho las zanja vulgares y mezquinas. Duchesnel se hallaba sobre la pendiente que conduce á estas zanja, de las que solamente se sale enlodado, avergonzado y limpio de dinero.

Duchesnel era un hombre de talento y resolución. El sentimiento moral le faltaba completamente... pero este es un mal inherente al siglo en que vivimos.

Todos vosotros, carísimos lectores, saludais de seguro en la calle á un sin número de personas como él; le apretais la mano entre las vuestras, y os dais por muy dichosos con que los demas os vean en tan buenas relaciones con ellos... Estos señores son á todas luces sujetos honorables.

Insultadles una vez. Entonces, espada al canto, vive Dios!... Ellos tienen tambien corazón á su manera. No carecen de nada, de nada absolutamente mas que de pundonor. Y aun esto es materia que admite discusion. Porque indudablemente tienen honor hasta cierto punto, y no hay nada en el mundo tan terrible en verdad como estos hombres, cuya alma perdida se oculta siempre bajo una apariencia de distincion y de delicadeza incomparables.

Lo que está fuera de duda es que Duchesnel se hubiera elevado á mayor altura habiendo seguido una senda enteramente contraria:

la senda del honor. Pero nunca podreis llegar a persuadir á ciertos ingenios sutiles y puntiagudos de que en el gran mundo, lo mismo que en todas partes, el camino mas corto es el mas derecho.

Ellos se empeñan en ir siempre por rodeos. La aplicacion y el trabajo les podrian conquistar una posicion independiente; la intriga les proporciona un estánquillo á su vejez.

Añádase á esto que todo lo que se llama trabajo es sosiego y reposo en comparacion de los repugnantes afanes de la intriga...

Duchesnel tenia la categoría de secretario de embajada, título vago que comprende una media docena de pasos en la escala diplomática.

Esperaba Duchesnel hacia mucho tiempo una ocasion para elevarse. La ocasion sin embargo no se presentaba, ó bien habia pasado por delante de su puerta y otro mas hábil la habia cogido por los cabellos.

Duchesnel comenzaba á recelar sobre su porvenir. Repasaba sin cesar todos los recursos que estaban á su alcance, pensando en tocar todas las cuerdas de su arco.

Su arco tenia tres cuerdas: Lea Verin, la Duquesa de Compans-Maillepré y Carlota.

La Duquesa habia hecho ya todo cuanto habia podido.

Lea Verin no queria gastar su crédito por nadie; su fin principal era asegurarse una renta razonable.

En cuanto á Carlota, era una niña cuya educacion no estaba formada todavia.

Era cerca del medio dia. Carlota acababa de despedir á su doncella, y estaba ocupada en dar á su tocado esa negligencia armoniosa y encantadora, que la mano de un extraño no es capaz de producir de ninguna manera.

Carlota era muy linda, muy encantadora. En su bello semblante se reflejaba un rasgo de la dulzura de Santa, mezclado con una expresion de audacia espiritual y viva. En otro tiempo, aquella mezcla indefinida y vaga daba á su semblante cierto aire de jovialidad despierta, de inquietud juguetona y curiosa. Pero algun viento de dolor habia pasado sobre todo esto, lanzando sobre aquellas facciones finas y picarescas una nube de melancolia.

No habia cumplido aun Carlota veinte años. Y hacia ya uno que estaba casada con el vizconde Leon Duchesnel.

Ya la hemos visto en otro tiempo contemplar envidiosa y pensativa los nobles carruages que rodaban sobre el empedrado del arrabal de San German. Mucha severidad seria precisa para juzgar con todo rigor aquellos

primeros deseos de la adolescencia, vagos caprichos, sueños delirantes, en alas de los cuales el alma de las niñas se lanza á la ventura tras de un fanal misterioso y desconocido. Debemos decir sin embargo que el caracter de Carlota la arrastraba irresistiblemente hácia todo lo que era lujo, elegancia, esplendor. Cualquiera brillo deslumbrante atraia sus miradas, y llenaba de quimeras su imaginacion. Los adornos, los espléndidos festines, los placeres dorados!... Todo esto fascinaba aquel corazon vírgen, que nada sabia, pero que todo lo adivinaba por instinto. Se hubiera podido decir que habia en su mente un recuerdo que, remontándose hasta mas allá de su cuna, la presentaba vivamente la grandeza y la gloria ya eclipsadas de su familia.

Carlota era audaz y resuelta. Su casamiento habia tenido para ella todo el caracter de una aventura. Despues del matrimonio ella habia columbrado placeres, libertad, riquezas... Placeres, en lugar de su vida reposada y tácita; libertad, en lugar de su prision monótona y aborrecida; riquezas, en lugar de la miseria que desde su infancia habia pesado sobre ella y sobre todos los seres que amaba!... Porque Carlota amaba á Santa con todo su corazon; amaba tambien á Gaston, y sentia há-

cia la Duquesa viuda ese culto respetuoso que residia, por decirlo así, en la sangre de los Maillepre.

Su repentina determinacion habia sido solo un arranque, hijo del aturdimiento, al cual no hubiera cedido seguramente otra razon mas reposada, pero en el que el corazon no habia tenido la menor parte.

Hay que tener además en cuenta una circunstancia que es por sí sola una disculpa de su falta. Carlota no habia abrigado nunca el pensamiento de separarse de su familia. Ella ignoraba la cláusula propuesta por Duchesnel: nada en el mundo hubiera podido obligarla á aceptar semejante cláusula.

Habia ido al altar con la dulce esperanza de cambiar de vida, sin renunciar por esto á las tiernas caricias de la familia, que no bastaban sin duda á colmar sus deseos petulantes, pero que no hubiera ella trocado definitivamente por ningun goce del mundo.

¿No era su marido vecino de su familia? Solo la anchura de la calle iba á separar en adelante la casa conyugal de la casa habitada por sus hermanos...

Pobre niña! Al dia siguiente de su matrimonio, el mismo carruage que tanto habia anhelado poseer, la condujo á un barrio lejano, perdido, al cabo del mundo. Y cuando, por

bajo de cuerda, hizo tomar, á pesar de las órdenes de su marido, informaciones de la casa de su hermano, la respondieron que aquella habitacion estaba vacante y dispuesta para alquilarse de nuevo.

Y en esta parte, Duchesnel habia logrado cuanto podia desear. Carlota estaba completamente aislada en adelante.

Parecia hallarse sobremanera interesado en esta circunstancia; porque apesar de manifestarse siempre un marido oficioso y amante de su muger, se mostró inflexible á sus ruegos y á sus lágrimas, en este solo punto.

El la decia:

—Querida niña, ya sabeis que yo os amo... Vuestro hermano y yo nos hemos arreglado ya... Él ha comprendido lo que vos no queréis comprender, y puedo aseguraros que no vaciló un momento en someterse al sacrificio de vuestra separacion...

Desde luego Carlota rechazó aquella indicacion mal intencionada; pero Duchesnel era hombre que sabia muy bien gobernar sus asuntos. Insistió vivamente en este particular y lo hizo con tanta destreza que al fin consiguió despertar dudas en la mente de Carlota.

Esta enmudeció completamente. Tambien ella abrigaba en el fondo de su alma, y á través

de su carácter frívolo y caprichoso, un germen de indomable arrogancia.

Guardó aquella sospecha en lo mas íntimo de su corazón herido, queriendo todavía sofo-carla porque se dirigia contra su hermano. Pero consagró á este lo mismo que á Santa un recuerdo tan tierno como incógnito. Dedicóles un rincón escondido de su memoria; dulce rincón en donde ella guardó todos los afectos de su infancia. Y el tierno recuerdo que consagró á estos afectos fue tanto mas vivo cuanto que se vió obligada á enmudecer, y á sumergirse dentro de sí misma.

Leon Duchesnel era, cuando queria, un hombre amabilísimo. Su genio paradójico brotaba ideas atrevidas que seducian y asombraban. Carlota sintió hacia él, sino una pasión ardiente y profunda una deferencia marcada y sin límites.

Aquel afecto fué su único sosten en la vida. Porque todos los sueños dorados de su imaginación exaltada y novelesca se habían desvanecido como el humo. La pobre niña se vió castigada por donde había pecado.

No vióese mundo esplendente hacia el que se habían dirigido todos sus deseos. Los hermosos festines que ella había adivinado tantas veces, los paseos al bosque de Bolonia, las competencias de elegancia y primor, el lujo,

los carruages... todo, todo se habia disipado delante de sus ojos, nada poseia de aquel esplendor tan anhelado por su corazon ardiente.

Despues de su matrimonio solo encontró tristeza y soledad... Soledad, tan cerca del ruido, y de la muchedumbre que goza; soledad y retiro al lado de los placeres tumultuosos del gran mundo.. porque desde sus ventanas, y á través de los frondosos jardines que se extendian alrededor, siempre poblados por una concurrencia placentera y dichosa, Carlota alcanzaba á distinguir las avenidas de Marigny, cubiertas sin cesar por magníficos carruages, y una parte de los Campos Elíseos.

Ya hemos asistido á una conversacion literaria habida entre Leon Duchesnel el doctor Josepin en los nobles salones de Madama de Ponlevau. Aquella conversacion nos ha debido explicar cumplidamente la causa del retiro de Carlota.

Duchesnel era un Dudley, en menor escala. Amy Robsard era encantadora, y Elisabet, la Duquesa de Compans-Maillepré, tenia terribles accesos de celos.

De modo que este drama copiaba exactamente la elevada creacion de Walter Scott, Existia, pues, un hombre colocado entre su

muger y su dama.

Y era su dama la que este hombre se veia precisado á ocultar.

Por lo demas, si Carlota no habia encontrado en su matrimonio lo que esperaba, el conde Leon Ducesnel se hallaba no menos chasqueado por su parte.

Habia visto al otro lado de la calle un rostro despierto y picaresco, unos ojos de espresion atrevida y á veces romancesca y delirante; habia adivinado desde luego lo que querian decir aquellas continuas ojeadas dirigidas curiosamente hácia los lujosos carruajes que pasaban al trote por la calle; habia interpretado aquellos accesos de melancolía...

No exajeramos, ciertamente. Nuestro diplomático habia observado á su vecina con el mayor afan, con la mayor minuciosidad, como hubiera podido hacerlo un poeta, ó un novelista íntimo.

Pero aquellas observaciones no iban dirigidas á la jóven con el fin de escribir una elegia, ó de confeccionar una novela.

Duchesnel observaba con un designio muy diferente: sus inquisiciones, eran hijas de un proyecto muy serio, como dicen los profesores, esos maestros charlatanes y vacíos de nuestra hermosa juventud. Duchesnel tenia un fin... El ministerio acababa de cambiar.

M. Esprit, bureócrata obtuso, había conquistado solo al cabo de algunas semanas el puesto importante de la presidencia del gabinete.

M. Esprit no tenía dama.

Este era un hombre feo, cuadrado, brutal, poltron, insípido, un hombre vulgar y despreciable en todos conceptos.

Había logrado todos sus ascensos á fuerza de adulaciones serviles, de bajezas inmundas.

De modo, que el mismo ministro había ya olvidado sinceramente el tiempo en que M. Esprit daba betun á sus botas, á las botas del ministro.

Y este hombre que desde tal lugar se había remontado hasta la silla ministerial no tenía dama... Qué puerta se abría al genio calculador de los cortesanos!...

Duchesnel sintió al punto la necesidad absoluta de tomar muger.

Y ciertamente que el palmito gracioso de la vecina de enfrente ofrecía mucho...

Aquellos deseos caprichosos que se leían claramente en la espresion de su rostro, anunciaban una educacion imperfecta. Algunas palabras convenientemente aderezadas, muchos adornos, lujo... todo esto era suficiente para que la cosa marchase en orden.

Duchesnel se había dicho esto y muchas

cosas mas: habia columbrado ya entre sueños una sonrisa agradable de M. Esprit... Una mirada del ministro.... Una mision!.... Cuántos castillos edificadas en el aire! El buen diplomático se encontró á deshora con que aquel palmito despierto no significaba nada, mas que un gran fondo de jovialidad y viveza, y un poco de aturdimiento. Despues de efectuado su matrimonio, Duchesnel descubrió con espanto, á través de la frivolidad aparente de su muger, un corazon noble, leal, una alma elevada, y un orgullo indomable, que echaba por tierra todas su esperanzas.

Aquella habia sido una especulacion desgraciada.

Pero no desesperó sin embargo al primer golpe; firme en su propósito, atacó á la plaza rebelde por cuantos medios le sugeria su táctica prudente y hábil. Carlota no se apercibió siquiera de aquellas maniobras militares. Nada comprendió... tan lejos estaba ella de persuadirse...

Pero hé aqui el colmo de la desgracia!

Al verla tan encantadora y tan pura, Duchesnel se enamoró perdidamente de Carlota.

El pobre Duchesnel!... tenia tambien corazon á su manera...

El, que trataba de vencer aquella plaza,

se encontró vencido como por sorpresa. Creyó jugar á golpe seguro, y aquella niña pobre, ambiciosa de lujo, aquella niña que soñaba con carruages y con adornos desde el fondo de su miseria, no le habia dejado siquiera ni aun la sombra de una duda... Encontrar la virtud en medio de todo esto era una verdadera sorpresa.

Y ademas de esto, hacia tanto tiempo que representaba el papel de Don Juan; tanto tiempo que utilizaba cada uno de sus suspiros!...

El amor útil le pesaba ya! Detestaba su oficio de *amante*, como un escritor sin inspiracion debe detestar su pluma; como un presidario detesta su trabajo.

Y, verdaderamente, no existe un artesano, por mas aplicado que sea, que no desee de vez en cuando algunos dias de vagancia. Duchesnel se dejó arrastrar por el deseo desordenado de amar á su muger.

Y sabe Dios que ninguno de sus amores culpables y vergonzosos, habia clavado tantas espinas en su corazon. Los ciudadanos como Duchesnel, no tienen siquiera el derecho de entregarse á honrados sentimientos. Esto es para ellos un lujo prohibido. Como tienen obligaciones y deberes que cumplir por otra parte, el matrimonio es á sus ojos un esta-

do escepcional, una posicion violenta, soportable solo cuando no se cumple con ninguno de los deberes que trae consigo. Y ved ahí á un hombre que ha vendido sus cuidados, su sosiego por un destino, por una cruz ó por una medalla y que tiene sin embargo la desvergüenza que querer disponer de su persona!...

Es tambien cierto que se han visto muchos de esos traficantes de ternura y amor deshacer con el pié á cada una de las mugeres que han ido sirviendo de escalon á su fortuna... Pero esto se ve solamente en los dramas de Boulevard.

En la vida real, esta clase de hombres lleva siempre consigo la pena de su industria. Son pusilánimes, se dejan dominar al fin, y llega un dia en que se ven sujetos á un yugo insupportable.

Algunas veces se revelan contra el instrumento de su elevacion, pero no le rompen, no le destruyen jamás. A no ser que se las hayan con alguna débil criatura fácil de aniquilar con un solo golpe.

Y no procede esto de una falta absoluta de energia. Entre esto dignisimos señores, hay algunos valientes hasta el estremo. Pero el hombre que especula con una muger, siempre es esclavo de esta muger; y si en la lucha ca-

alguno de los dos á los pies del otro, siempre le toca caer á él.

A él, que es altivo y orgulloso, á él que levantaria la tapa de los sesos al hombre que se atreviese á insultarle...

La Duquesa era muy celosa. Fue necesario, desde luego, que el Vizconde Leon Duchesnel se guardase de inspirar sospechas á esta noble señora.

Entretanto, M. Esprit encontró una dama. Lea Verin, fue la que obtuvo aquella honrosa plaza, destinada á Carlota. Lea Verin era por lo menos tan fea como M. Esprit. Duchesnel quiso sacar tambien partido de aquella muger. Y no pudiendo ser el marido de la dama del bureócrata, dedicóse á ser su caballero, su escudero por mejor decir. Pero madama Verin era celosa tambien.

La Duquesa y la favorita del ministro, admirad este instinto mugeril! se sufrian perfectamente la una á la otra. La Duquesa encontraba á Lea Verin en extremo ridícula; Lea Verin sabia á punto fijo la edad de la Duquesa.

Entre ellas, Duchesnel se hallaba perfectamente colocado. Cada uno admitia la utilidad de su rival. Y ambas se hallaban en frente del secretario de embajada, en esa posicion tan cómica de *amante de corazon* de una loreta.

El amante de corazon admite siempre, como sabemos todos, la dura necesidad de un protector, el cual protector se cree á su vez amante de corazon, y se rie en las barbas del rival que admite por su parte, tambien en calidad de protector.

Esta es la posicion mas comun. Describimos á una loreta que solo tiene dos amantes, sacrificando asi la verosimilitud á la claridad...

En general, es preciso contar cuatro amantes para cada una, y hay muger fuerte alrededor de la cual gravitan diez hombres á la vez, teniendo cada uno la certidumbre de ser el preferido hasta el punto de consagrar un desprecio comun á los otros nueve protectores, que á su turno le pagan en la misma moneda.

Ah! sí; el tinante de Duchesnel se burlaba de la Duquesa, al hablar con Lea Verin y de Lea Verin al hablar con la Duquesa. Gracias á esta diplomacia, las dos damas vivian en una paz completa y envidiable. Pero entrambas odiaban á competencia á la muger de Duchesnel, á su verdadera muger, á quien suponian y con harta razon, joven y bonita. Era, pues, preciso, que Duchesnel tuviese á su muger oculta, para calmar á Lea Verin, para calmar á la Duquesa. Y ya se comprende por esto que el

buen Duchesnel no era un hombre desocupado.

Y á pesar de tantos trabajos, á pesar de tantas solicitudes, continuaba siendo siempre secretario de embajada.

Se hallaba Carlota sola con mucha frecuencia. Nunca salia con su marido. Si hubiera conocido mas el mundo, habria llegado á penetrar que Duchesnel, bigamo, tenia dos casas, y solo la consagraba una pequeña parte de su vida.

Aun estando tan inocente, tan ignorante de las cosas del mundo, Carlota hacia mil suposiciones, que si no tocaban, al menos andaban muy cerca de tocar en la realidad. Despues de esto, cuando ella estaba entregada mas de lleno á sus temores y á sus sospechas, Duchesnel no necesitaba mas que decirle una palabra para tranquilizarla completamente.

Sus entrevistas tenian todo el carácter de una conversacion de amantes, porque Duchesnel se escedia á sí mismo en sus tiernas solicitudes, como queriendo disipar los disgustos que rodeaban su vida conyugal. Pero este afecto del diplomático, por mas que fuese vivo y casi profundo, no habia logrado ahogar en él la idea de conducir su matrimonio al estado de una buena especulacion.

Un mercader puede cometer la locura de

comprar una magnífica quinta, un palacio de príncipe, y prodigar crecidas sumas por distinguirse como gran señor; pero siempre hará vender en el mercado el escedente de los frutos de sus jardines y proveerá de legumbres á sus vasallos.

El amor de Duchesnel era el lujo de un traficante.

Carlota no se habia apercibido de ello...

Aquel dia, el dia en que hemos introducido al lector en su cámara, Duchesnel la habia prometido pasarle con ella todo entero. Ésto era muy raro: Carlota se habia adornado como para un festin.

Tenia un gracioso vestido de cintura baja, cuyos pliegues ajustados señalaban los purísimos contornos de su pecho. Carlota parecia mas delgada, mas alta y sobre todo mas joven de lo que era todavia. La viva presion de su talle, excluia toda dejadez en sus actitudes, pero daba á cada uno de sus movimientos una gracia juvenil y resuelta.

En algunos momentos, cuando los desvarios de su imaginacion convertian en una dulce languidez aquella actitud de petulancia afectada, Carlota aparecia como iluminada por una aureola de hermosura casi ideal. Sus bellos ojos negros, tan encantadores cuando espresaban la alegria y el aturdimiento, se

volvian mas encantadores todavia al reflejar un pensamiento profundo... Su frente juvenil parecia entonces como inclinada bajo el peso de una tierna meditacion. Carlota inspiraba amor, sí, amor. Quién no la hubiese amado con toda su alma al contemplar su semblante como dividido vagamente entre la jovialidad natural de su carácter y la espresion de gravedad pasajera que la daban sus reflexiones. Luego, de repente, su linda cabeza ajitaba la oscura madeja de sus brillantes cabellos. Un vislumbre de alegria iluminaba sus bellos ojos y todo parecia que se aclaraba en ella y á su alrededor...

Oh! madama la Duquesa y Lea Verin tenian harta razon para estar celosas!...

Duchesnel tardaba ya. Carlota le aguardaba con impaciencia.

A través de las cortinas de la ventana, un pálido rayo del sol de otoño penetraba en la habitacion, trazando un sulco brillante entre los sombríos arabescos del tapiz.

Carlota estaba sentada muy cerca del balcon. Sus ojos, que seguian con cierta distraccion los carruajes disparados al trote largo bajo los sombríos árboles de los Campos-Eliseos, se volvian alguna vez hácia una puerta cubierta por unas cortinas de seda que

caian sobre la alfombra al otro lado de la chimenea.

Por allí sin duda debía venir Duchesnel.

Carlota fué mirando poco á poco con menos frecuencia al lado de la puerta, porque un dulce desvarío se iba apoderando de ella, y su imaginacion se deslizaba entre aquel mundo brillante que se balanceaba en nobles carruajes por las silenciosas avenidas de los paseos...

En su boca aparecía una sonrisa que expresaba su deseo triste y sombrío.....

En aquella actitud, Carlota era una criatura bella y poética hasta el extremo. Su perfil correcto y fino solo se distinguía á través de los bucles de su cabellera. Su cabeza se inclinaba hácia adelante, descubriendo graciosamente la redondez encantadora de sus espaldas. Sus dos manos cruzadas sobre las rodillas resaltaban blancas y menudas sobre la seda de su vestido.

Detrás de la puerta, sintióse á deshora un ligero ruido. Era como el murmullo de algunas voces que hablaban por lo bajo.

Nada sintió Carlota.

La puerta de las cortinas se abrió dulcemente; tan dulcemente que ni aun siquiera turbó el tierno enagenamiento de Carlota.

Detrás de las cortinas de seda aparecieron

dos cabezas, á saber: el rostro mosquetado del procurador Durandin y el semblante displaciente de Duchesnel.

Duchesnel señaló á su muger con un gesto silencioso y como de triunfo.

Durandin colocóse sus lentes delante de los ojos, y la observó en detalle con aire de hombre inteligente.

Luego, los dos amigos se miraron, y las cortinas cayeron completamente...



VI.

Por hacer fortuna.

Bastante tiempo hacia ya que el procurador Durandin y Leon Duchesnel se hallaban detrás de las cortinas en formal conferencia.

Su repentina aparicion y el gesto de Duchesnel al ofrecer á su muger á las miradas del barrigudo curial, eran como un incidente de aquella conversacion, que se continuaba sin que Carlota se hubiese apercibido del movimiento de las cortinas.

Duchesnel habia encontrado á Durandin, en el momento en que este iba escoltando á caballo la carretela de madam Batilde de San Faramundo, en compañía de Feliciano

Capitales, y de J. B. S. T. Sanguin. Pues por lo que atañe al baron Prunot, hombre que databa del imperio, no era muy apurpósito para calaverear tan de madrugada.

Montaba Durandin á caballo, y seguia el cortejo de la Emperatriz de las loretas, por pura politica, como podrá suponerse facilmente. El buen procurador no estaba de seguro hecho á lo sportman. Pero Feliciano Capitales le proporcionaba toda la clientela de la casa Polypo y compañía; medama de San Faramundo le procuraba los litigios de todos sus adoradores, y J. B. S. T. Sanguin de Lyon, le hacia entender en muchos procedimientos comerciales, apurpósito de piezas de seda.

De manera, que Durandin ganaba muchísimo dinero, al perder asi su tiempo en el bosque de Bolonia, en el teatro, &c., &c.

Era un hombre vividor, sencillo y francote hasta dejarlo de sobra; de esos que llevan el corazon en la mano, como suele decirse, y siempre están dispuestos á prestar sus servicios, mediante la paga. En su despacho representaba el papel de hombre grave, á falta de otra cosa en que pasar el tiempo: para todo lo demas, alli estaba su pasante. Fuera de su despacho, afectaba con el mayor gusto el aturdimiento y el aire de un calavera, cubriendo

con un velo de inalterable buen humor las maniobras de su rastrera diplomacia.

Durandin tenía un pensamiento fijo: el pensamiento de comprar un antiguo castillo, para pintar de amarillo las paredes, y poner en las ventanas ojivales magníficas persianas verdes.

Este deseo, esta ambición llenaba toda su alma, y hacía desmesuradamente voluminosos los procesos judiciales en que el buen Durandin ponía la mano.

Le había traído su mujer al matrimonio ciento cincuenta mil francos de dote, y muchas esperanzas. Ella tenía seis años más que él, tres dientes postizos, y una gran cantidad de cabellos blancos.

Era una de esas mujeres que Dios cria especialmente para pagar los oficios de procurador.

Llamábase Virginia. Durandin la había conquistado solamente con decirle: Yo seré tu Pablo...

En suma, era una mujer á la manera de Lucrecia, que se quedaba en casa al cuidado de los pucheros, derramando ardientes lágrimas sobre las novelas de M. Victor Ducange. Durandin, como se ve, podía haber logrado mucho peor.

Porque la mayor parte de estas muge-

res desdentadas y canosas, que los ambiciosos pasantes de procurador escogen para esposas, son aficionadísimas á la polka, y hacen versos...

Durandin soñaba con un castillo... un castillo en lugar de la casa blanca que sueñan generalmente sus iguales; porque el buen procurador se veía ya con su Virginia, él en el torreón del Mediodía, y ella en el torreón del Norte.

Duchesnel habia conservado siempre cierta influencia sobre sus antiguos camaradas. Y aunque aquella célebre asociacion formada en otro tiempo no hubiese tenido grandes resultados, los cinco personajes que nosotros hemos visto reunidos en la hospedería del Salvage, la noche del martes gordo de 1826, se habian prestado, no obstante, su mútua ayuda en diferentes circunstancias; á mas de que mediaba por otra parte entre ellos un vínculo poderoso que no estaba en su mano romper.

Este vínculo era el riesgo vago y comun que tenia hábilmente suspendido sobre sus cabezas el sexto personaje de aquella escena de carnaval.

Tres de ellos, Josepin, Durandin y Duchesnel, se habian visto en varias ocasiones bajo la voluntad inflexible de Cármen, que, por

otra parte, les habia pagado cumplidamente sus servicios.

Los otros dos, Denisart y Roby, colocados tal vez en posicion demasiado humilde para que Cármen reclamase su ayuda, no estaban sin embargo menos sujetos á su voluntad, ni dudaban tampoco de que llegaria un momento en que Cármen tuviese necesidad de ellos.

Se hallaban ambos en esa situacion de que ya hemos hablado, en esa situacion en que se busca con ansia un momento oportuno para vender el alma al diablo, que todavia se hace de pencas para comprarla, aunque sea muy barata...

Durandin abandonó la cabalgada, aprovechando el instante en que Feliciano Capitaes dirijia un finísimo cumplimiento á madama Batilde de San Faramundo, y siguió á Duchesnel.

Duchesnel y Durandin se veian muy rara vez. Y ya sabemos cuán dulce es consolar las penas depositándolas en el corazon de un buen amigo, que no prodiga mucho su compañía.

Las confidencias, las espansiones del alma fueron reciprocas entre Durandin y Duchesnel. Durandin habló largamente de su mujer canosa y desdentada. Duchesnel contó

por los dedos sus seis años de secretario de embajada, transcurridos sin ningunas-
censo. El procurador suspiró dulcemente pensando en su castillo; el diplomático describió las delicias de su embajada... de aquella embajada, único objeto de sus sueños.

Despues, de una idea en otra, la conversacion tomó un giro mas material.

—Dejemos á un lado á tu muger, dijo Duchesnel; claro está que no nos es dado recobrar sus perdidos dientes; y por seis francos puedes endosarla los cabellos mas negros y mas hermosos del mundo... Ocupémonos de lo que importa... Yo bien quisiera verte en ese diablo de castillo que tanto deseas, Durandin...

—Y yo, interrumpió el procurador, yo daria no sé qué porque ese diablo de mision te cayera llovida de los cielos el dia menos pensado.

—Oh! si yo logrased eso, replicó Duchesnel, ya podria darte entonces un golpecito sobre el hombro...

—Ciertamente; pero...

—He, he!...

Duchesnel puso el dedo indice sobre el vestido azul del procurado.

—He, he! repitió; yo tengo escelentes re-

sortes; las mugeres...

— Son viejas, murmuró Durandin.

— No todas... no todas... Solo dos tienen ese defecto: la Duquesa y Lea....

Durandin elevó hasta el semblante de Duchesnel sus ojos bonachones, con una espresion risueña.

— Como un hombre de tu calibre, un enamorado de fortuna, no piensa en hacerse diputado? preguntó el buen Durandin con la mejor buena fé del mundo.

— Tú te burlas..... respondió Duchesnel.

— No, porcierto...

— Si, verdaderamente que te estás burlando... pero haces mal. He pensado en eso muy formalmente .. Veamos, Durandin, continuó cambiando de tono; veamos de arreglar este negocio entre los dos.

— Con el mayor gusto, por mi parte... Pagas tú la contribucion?

— La contribucion es un absurdo...

— Con que no la pagas?

— Si hubiese contribucion impuesta sobre las deudas! comenzó á decir Duchesnel riéndose; pero no nos chanceemos!... La contribucion es lo que menos me importa... Tú tienes cincuenta mil escudos en bienes saneados: ya te los compro.

—Y con qué?

—Déjame concluir... yo te los compro... por medio de un billete de á mil francos y una contra-eseritura.

—Dos billetes de á mil francos, dijo el procurador.

Duchesnel se encogió de hombros.

—Sea pues! replicó este; pero, lo importante aquí son los votos.

—Como tengas billetes de banco á tu disposicion, murmuró Durandin; yo me encargo de comprar los votos...

—Vaya, vaya! pronunció soberbiamente Duchesnel; no introduzcamos la corrupcion en los cuerpos electorales... Por lo demas, yo puedo pedir mil francos prestados á Lea Verin y otros mil á la Duquesa, porque no se los devolveria jamás; pero esto sin embargo es peligroso... Busquemos por otra parte... Tú conoces á todo París... ¿No habria por casualidad entre tus clientes un hombre de bastante influencia... Me comprendes bien?

Durandin se rascó la oreja.

—Ahí está M. Polypo, respondió despues de una pausa.

Duchesnel chocó sus manos una contra otra con muestras de una verdadera alegría.

Habia hablado hasta entonces así como á la ventura, á fuer de hombre acostumbrado á formar castillos en el aire; pero el nombre de M. Polypo hizo brillar en sus ojos un vivo rayo de esperanza.

—Polypo! exclamó; el Briareo de la usura!... el hombre que presta á cien manos, y recoge con mil bolsillos!... el alquimista que sabe convertir en pocas semanas un sueldo verdinegro en un brillante luis de oro!... Polypo! el Monte de piedad en carne y hueso!... el usurero filántropo que tiene bajo sus garras, á todo el comercio menudito de París!... Pero crees tú, Durandin, que con este hombre sería seguro el éxito de nuestra empresa?...

—Sí, sí, respondió el procurador, es muy posible; al hecho...

—Posible!... Tú te chanceas!... Quién sería el mercader que le rehusára su voto?... Polypo es tan grande como Napoleon... tan grande!... Y ciertamente, dudo yo que Napoleon hubiese sido capaz de conciliarse la estimación de los príncipes del comercio, prestándoles al treinta por ciento... Polypo es la providencia del comercio menudo..... Los mismos á quienes asesina lamen cariñosamente sus manos... Clichy todo entero canta sus alabanzas, desde el llavero que se

quita su casquete al pronunciar su venerando nombre, hasta el enfermero acostumbrado á escuchar á los moribundos que le llaman al exalar el último suspiro... Es temido; es adorado... La Morgue le debe tanto dinero como tiene la ruleta... No sabemos todos que antes de cometer un asesinato, cualquier pobre diablo va á depositar algunos sueldos en el cajon de su mostrador?... Polypo!... ah! ah! pero, con la ayuda de Polipo, yo tendré por míos todos los votos de tienda, amigo Durandin!...

—Sin duda, sin duda, interrumpió el redondo procurador, que se iba poniendo cada vez mas frio, á medida que Duchesnel se animaba; eso es claro.

—Y bien?

—Y bien! Polypo presta dinero al treinta por ciento. Esta no es una razon para que te sirva gratis.

El entusiasmo de Duchesnel quedó ahogado con esta reflexion.

—Es verdad, murmuró; pero como es cliente tuyo, yo creia...

—Naturalmente... Te comprendo bien... pero no pienses en ello, amigo mio.

Duchesnel pasó su brazo por la cintura del procurador.

—Al contrario, dijo, pensemos en ello los

dos... Este es un negocio como otro cualquiera... Yo te pagaré tus dietas y derechos como decís en vuestros diablos de pedimentos... Con dinero, se hará de Polypo todo lo que se quiera, no es así?

—Exactamente, respondió Durandin.

—Está bien... yo no tengo dinero, pero... Ah! vive Dios!... héaqui por qué conviene explicarse... Polypo debe ser vulnerable por alguna otra parte... Dicen que es inclinadísimo á las mugeres.

—Psi! respondió Durandin; recursos de vaudeville, amigo mio!... Deberias comenzar por correjirte de esta manía...

Duchesnel hizo un gesto de impaciencia.

—Te pregunto si Polypo es inclinado á las mugeres... lo es ó no? dijo.

—Pero ciertamente... El ha dado durante seis meses tres mil francos por semana á Batilde...

—Ciento cuarenta y cuatro mil francos anuales! murmuró Duchesnel.

—Justamente... Entre tanto presta sobre prenda al cinco por ciento de réditos al mes... es decir, al sesenta por ciento anual... el doble de su tarifa ordinaria... Se desquita perfectamente!

—Hace bien... Quién es su querida ahora?...

Durandin miró al diplomático con un aire inocentemente picaresco.

—Mi pobre Leon, dijo: tú eres como esos aldeanos que se ensayan á trepar al palo de la cucaña en las fiestas del gobierno... ya se llame este gobierno Stuart ó Cromwel... los susodichos aldeanos se deslizan treinta veces seguidas á lo largo del árbol untado de jabon, y caen rudamente sobre el suelo... pero sin embargo vuelven á subir.

—Este es el único medio ó recurso para aparecer hombre de dinero, replicó Duehesnel.

—Tú, continuó Durandin, has podido ver treinta veces en tu vida que la escala de las mugeres es un árbol de cucaña, superiormente enjabonado y resvaladizo... Tú te has deslizado, tú has caído... pero vuelves á subir.

—Eso es chistoso... Mas quién es ahora la querida de Polypo?

—La quieres conquistar?

—Tal vez.

—Quieres subyugarla, reducirla á tu dominio?

—Acabarás?...

—Encadenarla á tu carro de triunfo?

—Todo es licito... Se pueden ensayar todos los medios....

—No, dijo riéndose Durandin; esto es formalmente imposible... Polypo está viudo... Benito la bailarina acaba de partir á San Petersburgo.

Entonces se hallaban en la escalera de la casa de Duchesnel.

Tomó este una mano del procurador y apretóla fuertemente entre las suyas.

—Ah! Benito ha partido para Rusia! dijo; eso es otra cosa... Pues bien, hijo mio, yo seré diputado.

—No comprendo una palabra, replicó Durandin.

—Qué diablo! exclamó Duchesnel, un mes ó dos empleados en manipular los negocios electorales de un distrito, no valen por cierto ciento cuarenta y cuatro mil francos.

—Para tí y para mí, es verdad... Tú calculas por cada voto unos cuantos luises!... Pero, para Polypo esto no vale siquiera cincuenta céntimos; él no tiene mas que desplegar los labios...

—Lo comprendo así... y supuesto que él ha dado ciento cuarenta y cuatro mil francos...

—Eso te se ha sentado en el corazon! interrumpió Durandin; la desgracia está en que tú no tienes una muger bonita.

Duchesnel habia llamado. Acababan de

abrir la puerta. Los dos amigos entraron en la casa.

—Ven por aquí, dijo Duchesnel, y no hagas ruido.

Durandin le siguió. Entrambos pasaron al gabinete de Duchesnel en el que habia un magnífico bufete de palisandra, al que el buen diplomático se sentaba por cierto con poquisima frecuencia.

—Nosotros somos siempre amigos... amigos como en otro tiempo, no es así? repuso este último conteniendo su voz.

—Por qué preguntas eso? quiso decir á su vez Durandin.

—Mas bajo! interrumpió Duchesnel; nosotros somos unos buenos amigos... amigos antiguos, y ya sé que puedo contar contigo... Por otra parte tú tienes una buena memoria, memoria de hombre de negocios, y no puedes haber olvidado una circunstancia que nos obliga, hasta cierto punto, á vivir en buena inteligencia... Hablo de aquella buena noche que pasamos, hará siete años este carnaval, en la hospedería del Salvage...

—Para qué diablos vas tú á desenterrar todo eso? dijo el procurador, que habia perdido en aquel momento la mitad de su jovial sonrisa.

--Este recuerdo me acomete algunas ve-

ces, respondió el diplomático en un tono á la vez incisivo y ligero.

—Se diría que me estás amenazando... murmuró Durandin.

—Nada menos que eso!... solo que... tú vas á comprender esto perfectamente... Yo me encuentro en una situacion muy propia para temer mucho la maledicencia... Y luego, el mundo acoge con tanta facilidad ciertos rumores!... No me haria por cierto mucha gracia oír cuchichear el mejor día alrededor de mí ese es el Vizconde Leon Duchesnel que... que... me comprendes bien?

—No, repuso el procurador.

—Ya me comprenderás... Pero, entretanto, hé aquí adonde se dirige mi exordio... Todo lo que va á decirse, todo lo que va á pasar entre nosotros será un secreto...

—Como tú quieras...

—Un secreto inviolable, añadió Duchesnel, que frunció sus cejas mirando al procurador frente á frente.

Recorrió este la habitacion con una mirada inquieta.

Duchesnel le tomó una mano que estrechó cordialmente entre las suyas, cambiando de semblante.

—Estamos de acuerdo! continuó alegremente, pero hablando siempre en voz baja. Vamos

al hecho... Es necesario procurar una queri-
da á M. Polypo.

—Y qué más?... dijo Durandín que aguar-
daba alguna tremebunda revelacion.

—Eso es todo, respondió Duchesnel.

Guardó el procurador un instante de silen-
cio.

—Todo eso se puede hacer, repuso al fin,
con aire de capacidad, pero es aventurado...
Cuenta por los dedos las circunstancias que
se necesitan: en primer lugar una muger que
sea apasionada desde luego: en segundo lu-
gar que sea inteligente, en tercero que sea
bonita, en cuarto que sea á la moda, en quin-
to...

—Tengo una que reúne todo eso y mucho
mas, dijo Duchesnel.

—Ah! bah!

—Tengo un tesoro...

—Es actriz?

—No.

—Es filarmónica?

—Psi!...

—Princesa italiana.

—Vamos, vamos!...

—Pues qué es en fin?

Duchesnel abrió la boca, pero quedóse sin
decir una palabra. Sus labios estaban agita-
dos por un estremecimiento nervioso, y sus

pestañas temblaban.

—Es bella como un ángel, murmuró Duchesnel despues de una pausa, y pura como...

Durandin soltó una carcajada.

El diplomático le cerró la boca con un gesto violento.

—Sí, pura, concluyó este, con voz quere-
llosa, pura y noble!

—Eso es otra cosa! dijo el procurador; esto último es sin embargo lo que menos importa... Hablemos de su rostro... Polypo es difícil.

—No te he dicho ya que es hermosa como un ángel?

—Sí, por cierto; pero como yo no la he visto jamás!...

Le asió del brazo Duchesnel con una especie de violencia, y le arrastró hácia el otro extremo del gabinete, en donde se abria una puerta, cubierta al otro lado por unas cortinas de seda. Duchesnel levantó dulcemente los pliegues de las cortinas, y señaló con el dedo á Carlota, sentada junto á la ventana.

Durandin ahogó un grito de admiracion.

Estaba Carlota casi vuelta de espaldas, pero se distinguian, á través de los bucles oscuros de sus cabellos, las líneas esquisitas de su perfil admirable. La espectacion y la impa-

ciencia daban cierto aire de languidez extraordinario á los graciosos movimientos de su talle. Por la curba prolongada de sus pestañas, podía adivinarse la direccion de su mirada.

Habia en su actitud un encanto indecible. Inmóvil y dulcemente inclinada hácia adelante, aparecia entre la doble muselina de los cortinages que tocaban sus cabellos, como la silneta indecisa que se ve al cerrar lánguidamente los ojos en la noche, y que arrulla sonriendo el primer sueño...

Duchesnel dejó caer de nuevo la cortina.

—Ah!... murmuró Durandin, respirando ya en toda libertad.

Duchesnel cerró sin hacer ruido las dos hojas de la puerta, y condujo al procurador al otro extremo del gabinete. Estaba pálido. Por su frente corrian gruesas gotas de sudor.

Durandin y él se sentaron el uno junto al otro.

El procurador observaba con el rabo del ojo la emocion reciente de Duchesnel.

Entrambos guardaron silencio.

—Hermosa, no es cierto? dijo al fin el diplomático con voz ahogada.

—Encantadora!... irresistible! replicó Durandin.

Siguióse otro intermedio de silencio.

—Ah! diablo! sí! repuso el procurador al cabo de un minuto. Si Polypo la conociera... Oh! con semejante hada se le podía volver dulce y complaciente como un borrego.

—Ésa es mi muger, dijo Duchesnel.

—Ah!... murmuró Durandin.

Despues añadió:

—Se me habia pasado por el pensamiento... pero...

—Pero es preciso hacerla valer... hacerla valer mucho! murmuró en voz baja Duchesnel, cuyas facciones desencajadas espresaban una verdadera angustia.

El procurador colocó sus manos sobre su repleta barriga, comenzó á dar vueltas á sus pulgares, y fijó los ojos en el techo.

—A fé mia, dijo, mi buen Leon... Es cierto que yo venderia á madama Durandin por eualquiera precio... es probable tambien que la diese de valde... Es posible que diese una razonable cantidad de dinero al que se tomase el trabajo de robármela... Pero si yo tuviese una mugercita como la tuya...

—La amarias, no es eso?

—Seria muy capaz de ello.

—Yo la amo!

Al pronunciar estas palabras, Duchesnel pasó el envés de su mano por la frente.

—Pero nada me sale bien! repuso; soy desgraciado... Cada dia empeora mas y mas mi situacion... mis acreedores pierden la paciencia... Estoy ya con un pié en la zanja... Es preciso que yo me levante.

—No digo que no, murmuró Durandin, pero eso es muy duro!

—Es preciso que yo me levante! repitió Duchesnel cerrando los puños; á toda costa!... á toda costa!

—Eso es bueno... á tí es á quien interesa sobre todo, concluyó el impasible Durandin.

—Escucha! exclamó Duchesnel; deshacerse de una muger semejante es lo mismo que dar el alma á Satanás... Su corazon es todavia mas hermoso que su semblante... Su ingenio gracioso y vivo tiene á veces salidas imprevistas que desvanecen la tristeza..... Su sonrisa vuelve feliz al que goza de ella... Ella es tierna, apasionada... de su boca no ha salido jamás una mentira... Ella... oh! es mi salvacion lo que voy á entregar á ese hombre!!!

Durandin daba vueltas á sus pulgares.

—Cállate, cállate.

—Yo busco medios para suicidarme! murmuró Duchesnel, cuyo semblante frio de ordinario y marchito antes de tiempo, pro-

curaba reprimir una horrible desesperación.

—En cuanto á eso, replicó Durandin, yo no participo de tu opinion... Despues de todo, si consigues al fin tu negocio, y llegas á ser diputado...

Duchesnel se estremeció, su frente apareció como iluminada de improviso. Sus labios recobraron una espresion de frialdad escéptica.

FIN DEL TOMO CUARTO.